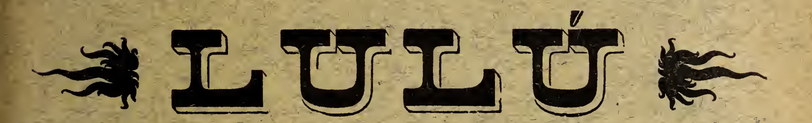
ENRIQUE TEDESCHI y ANTONIO F. LEPINA



COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

C. BERTOLAZZI

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

LULÚ

LULÚ

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

C. BERTOLAZZI

adaptada a la escena española

POR

ENRIQUE TEDESCHI y ANTONIO F. LEPINA

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el día 9 de Noviembre de 1915

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LULÚ	Sra.	Nestosa.
VIRGINIA		Sala (Julia).
INÉS	Srta.	Monserrat.
CELESTINA		Lombera.
EULALIA		Vázquez.
JUANA		Montilla.
CARLOS	Sr.	Gatuellas.
VILLENA		García Ortega.
ESTEBAN		López Alonso.
SALINAS		Calle.
FAROLERO		Gómez.
UN CHICO		N. N.

La acción de los dos primeros actos en Madrid, la del tercero en una casa de campo de las inmediaciones. Invierno el primero, verano el segundo y otoño el tercero.—Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Gabinete muy elegante en casa de Lulú. Una puerta de entrada a la derecha, que es la que más directamente comunica con la escalera. En la izquierda dos puertas y, si es posible, una de ellas amplia y en forma de arco como la de algunos dormitorios que comunican con gabinetes. Un balcón en el foro que conviene tenga maderas que abran hacia la escena. Un estrado muy lujoso de tela y madera clara e impecablemente nuevo y limpio. Los demás muebles a capricho, pero en armonía con el resto del decorado. Es de noche. Luz eléctrica en un aparato central y en una lámpara con pantalla que estará colocada sobre un mueble.

La decoración no puede tener más puertas que las indicadas.

—

(INÉS, que es una doncella en concordancia con su ama, entra por la derecha detrás de LULÚ, que viste con exagerado lujo, esto es, con arreglo al más llamativo figurín ejecutado en las telas más valiosas y con los mejores adornos. No es tampoco una caricatura, es una cortesana que quiere imitar a las grandes señoras y no una de las que son imitadas por ellas.)

INÉS — ¿De vuelta tan pronto, señorita?

LULÚ — (Mostrando enojo.) ¡Sí, ya estoy de vuelta, ya estoy de vuelta! (Sentándose y casi para sí.) ¡Puff! No puedo más.

INÉS — (A Villena, hombre elegante, amante de la vida, que representa más de cuarenta años tal vez por haber disfrutado demasiado o menos de los cuarenta por lo pulcro y acicalado de su persona.) ¿Usted también?

VILL. — (Que habla muy despacio, con mucha tranquilidad.) ¿Cómo que si yo también? ¿Qué dice esta muchacha?

LULÚ (Con cólera.) ¡Enciende la luz! ¡Pronto! ¡Vamos!

INÉS En seguida, señorita, en seguida.

LULÚ (En tono natural.) No te decía a ti.

VILL. ¡Ah, ya! (Da la llave a las bombillas laterales del aparato que no aparecerá encendido más que con una central.)

LULÚ (Se quita el abrigo de pieles, el sombrero y los guantes, agitada y nerviosa.) Toma. (A Inés.) Toma... (Exagerando el cansancio.) Y el abrigo... Lo que pesa... ¡Ah!

INÉS (Incrédula, pues Lulú siente el afán de mentir, de fingir siempre; es una necesidad que le impone su temperamento.) ¿Es que está mala la señorita?

LULÚ ¿Que si estoy mala?... ¿Y te atreves a preguntármelo? ¿No me ves la cara?

INÉS (Rápidamente como recordando un encargo.) ¡Ay, sí, sí que es verdad!... Ya lo creo que está usted mala. ¡Más de lo que parece!

VILL. Cosas del tiempo; nada.

LULÚ ¡Cosas del tiempo!... ¡No tienes tú mal tiempo!... Ese maldito teatro no tiene condiciones; los cuartos de las artistas son una especialidad para las pulmonías... Pero, bah, las bailarinas no somos personas para el empresario... (Sujetándose la cabeza con las manos.) ¡Ay, por Dios, qué punzadas tan grandes!... ¡Ay, parece que se me va a partir! (Villena, indiferente, se sienta en el sofá.) ¡Qué jaqueca! (A Inés que sin hacerla caso vuelve los guantes y arregla el abrigo.) Pero no te asustes, Inés, no tengas cuidado; no será nada. ¡Así que no estoy acostumbrada a sufrir! ¡Como que es mi sino! (Pausa y otro acento.) Anda, hija, vé a llevar esa ropa al armario... No te asustes, ya sé, ya sé que tú te apuras en cuanto me ves mala; tienes muy buen corazón, pero no es nada, chica, tranquilízate. (Se levanta y da vueltas por la escena mirando siempre de soslayo a Villena. Inés se va por la primera izquierda para volver a su tiempo. Después de una pausa y en tono serio.) Es que trabajo demasiado, ¿sabes?

VILL. Es posible.

LULÚ ¿Cómo que es posible? ¡Ya lo creo que lo es! ¿Lo dudas acaso?

VILL. ¿Yo?... De ninguna manera.

LULÚ (Remedando su voz.) ¡De ninguna manera! ¡Qué graciosísimo eres! La verdad es que tienes un corazón que ni un negrero.

VILL. (Siempre tranquilo.) No comprendo por qué dices eso.

LULÚ No sé por qué lo digo. Te repito que trabajo demasiado. Los ensayos me matan, las funciones me dejan destroncada. Anoche hasta las tres de la madrugada, hoy... ¿Qué hora es?

VILL. (Mirando el reloj.) La una y media.

LULÚ Creí que era más tarde. Claro es que me he desnudado a escape porque no esperases. Ni las mallas he tenido tiempo de quitarme. ¡Maldito sea el tal bailecito! ¡No podía el empresario haber escogido a otra!

VILL. Si quieres volveré a influir para que me deshagan el favor... Pero sería una lástima, una verdadera lástima, porque has obtenido un gran triunfo, el primer peldaño de una escalera gloriosa. El terceto bailable en que tomas parte es el mayor atractivo de la obra y tú el mayor atractivo del terceto.

LULÚ (Interrumpiéndole.) ¡Ya sabes que no me gusta cierto género de bromas!

VILL. No es ninguna broma. Mis consocios de palco están tan entusiasmados como yo; te dedican todos sus aplausos y todos sus suspiros.

LULÚ ¡Pues se los podían guardar! ¡Mira que querer que repitiésemos con lo rendida que yo estaba!...

VILL. Pero como el público no quiso, nada se perdió.

LULÚ ¡Cómo! ¿Es que no me han hecho repetir el número? ¿Vas a decir que no?

VILL. Yo creo que no, si la memoria me es fiel.

LULÚ ¿Que no?... Puede que notasen mi fatiga y que también por eso mismo no me diese yo cuenta... Pero no quiero que esto suceda más, ¿sabes? Habla al jefe de la claque, dale una gratificación; otras lo hacen...

VILL. (Siempre tranquilo.) También lo he hecho yo, pero me han dicho que cuando el público es muy numeroso eso es completamente imposible.

LULÚ ¡Ah! ¿sí? ¿Lo dices por mortificarme?

VILL. Te aseguro que de no haberme apurado tú, no te hubiese quitado esa ilusioncilla.

LULÚ Eso son envidias de quien yo sé. Pero mañana hablas con el jefe de la claque y le das más dinero que le den otras.

VILL. Pero, mujer, si...

LULÚ ¡Nada, nada; que no se vuelva a repetir!

VILL. ¿En qué quedamos? ¿Se repite o no?

LULÚ (Rabiosilla.) ¿Vas a burlarte de mí? (Lloriqueando y con exageración.) ¡Ay, por Dios, mi cabeza! ¡Qué punzadas tan horribles! (Se deja caer en una butaca.) Pero, ¿quién ha encendido tanta luz? ¿Es que quereis que me vuelva loca? Con la lámpara había suficiente. (Villena se levanta, apaga las luces del aparato central y enciende la lamparita de sobremesa, cuya luz vela una pantalla.)

VILL. (Después de una pausa.) ¿Sabes cuándo es el estreno de la nueva opereta?

LULÚ ¡El miércoles, el sábado, el martes!... ¡qué sé yo! ¡Ay, qué sufrimiento tan horrible!

VILL. (Sin hacerle caso.) Tenía que encargar localidades.

LULÚ (Interrumpiéndole.) No hables, calla, hazme el favor... Cada palabra me hace el efecto de un martillazo... Necesito un silencio completo... Ten paciencia, hijo mío, pero es que sufro mucho con estas jaquecas tan horribles. (Pausa. Villena enciende un pitillo y Lulú se vuelve al ruido de la cerilla o del encendedor.) Pero, ¿vas a fumar?... No, no, hazme el favor; te lo ruego por lo que más quieras... El olor del tabaco es lo único que me faltaba para volverme loca. ¡Ay, Virgen santa, que dolor!... ¡qué función la de esta noche! Poco antes de llegar tú me dió un desmayo. El empresario fué alarmado; dijo que si se suspendía la función no respondía de la temporada... Ví a todos pendientes de mí, saqué fuerzas de flaqueza y ya ves... ¿Qué decías?

VILL. ¿Yo? Nada.

INÉS (Entrando.) Pero, ¿no ha cenado usted todavía, señorita?

LULÚ ¡No me hables de comer, te lo suplico!

INÉS Señorita, que antes es la salud que nada...

LULÚ ¡La salud! ¿Qué me importa a mí la salud si sé que tengo que morir muy joven?

INÉS Por Dios, señorita, ¿qué está usted diciendo?

LULÚ Mi abuela murió del corazón, mi abuelo del pecho, mi tío de una congestión corebral, mi madre...

INÉS Esa vive todavía.

LULÚ Sí... vive, vive, ¿pero de qué manera?... Mi familia toda ha sido muy desventurada.

VILL. (Que ha escuchado sin aparentar ninguna sorpresa, se levanta y se acerca a Lulú.) Vé a descansar; te sentará bien de fijo.

LULÚ (Muy lánguidamente.) Pero qué, ¿te vas?

VILL. Para dejarte descansar tranquila. (Inés se va por el foro.)

LULÚ ¿Y vas a dejarme sola?

VILL. Sí, forzosamente tiene que serte molesta mi presencia. Lo que tú necesitas es reposo.

LULÚ ¿Es que empiezo a cansarte?

VILL. Nada de eso.

LULÚ Sí, sí; dilo francamente... Soy una pobre desdichada que te aburre, una enferma que lo más que puede inspirarte es pena.

VILL. No digas tonterías.

LULÚ Quédate todavía un ratito.

VILL. Te puede hacer daño seguir levantada.

LULÚ (Románticamente.) ¿Y qué? Con tal de tenerte a mi lado, ¿qué me importa todo?... A tu lado siento un consuelo, si tú supieras... Cuando me veas muy mala, muy mala, no te separes de mí... quisiera morir con tú mano entre las mías...

VILL. Vamos, estás febril. No hables más; acuéstate. Toda la noche estás diciendo que tu único deseo es descansar, acostarte.

LULÚ (Con languidez.) Sí, sí, tienes razón; soy muy egoísta. No quiero entretenerte más. (Alargándole la mano) ¡Y es que te quiero tanto!... Perdóname.

VILL. Adiós, Lulú; hasta mañana.

LULÚ (Reteniéndole la mano.) Antes de marcharte has de darme palabra de que me quieres aún.

VILL. Sí, mujer, te quiero.

LULÚ ¿No me engañas?

VILL. No, no te engaño. Adiós.

LULÚ — Hasta mañana, vida mía... No vengas tarde. (Villena se dispone a salir.) Ricardo.

VILL. — (Desde la puerta.) ¿Qué quieres?

LULÚ — (Con acento quejumbroso.) ¿Crees que curaré?

VILL — (Ligeramente irónico.) ¿No has de curar? ¡Ya lo creo! Adiós. (Mutis.)

LULÚ — (Tan pronto como sale Villena se levanta de golpe, escucha hasta sentir el ruido de la puerta y en seguida, radiante de alegría, con un alborozo de chiquilla, corre por la habitación y llama a Inés a voz en grito.) ¡Inés! ¡Inés!

INÉS — (Entrando.) ¿Se fué?

LULÚ — (Dando gritos y saltos.) ¡Se fué el tirano! ¡Viva la libertad! (Ríe y palmotea.)

INÉS — Por Dios, señorita, tenga usted cuidado no la vaya a oir; acaba de salir.

LULÚ — Ya debe estar en el portal. Fuera miedo. Déjame que grite y salte, porque me estaba ahogando de aburrimiento. (Loca de contento, como una colegiala a la hora del recreo, salta sobre los muebles y queda sentada en una mesa tarareando una cancioncilla.) La persiana, abre la persiana, abre las maderas de ese balcón y enciende la luz.

INÉS — Espere usted, espere usted. (Enciende la luz del aparato central.)

LULÚ — Nada de esperar, abre inmediatamente.

INÉS — Es usted una chiquilla, señorita. (Abre las maderas del balcón, después los cristales y simula descorrer o abrir las persianas exteriores. Cierra en seguida y se queda detrás de la vidriera.) ¡Allí, allí está! Pobrecito, con qué impaciencia aguardaría la señal.

LULÚ — (Se baja de un brinco de la mesa y se aproxima al balcón.) ¡Qué heladito estará mi nene! ¡Toma, vida mía! (Le tira un beso con la punta de los dedos.) Toma otro, brujo mío... ¡Pero si no se mueve, no ve la luz!...

INÉS — Estará esperando a que el oso se aleje... Es prudente. Usted también debe retirarse del balcón por si acaso.

LULÚ — Prudente, prudente; lo que tiene es un miedo que no puede con él... Pero lo mismo da. Yo le quiero lo mismo.

INÉS — ¡Ya lo estoy viendo!

LULÚ — ¿Qué? ¿Es que no se lo merece? ¿No te pa-

rece guapo? Es un real mozo, es bueno, es amable...

INÉS Sí, será todo lo que usted quiera; pero es un muchacho.

LULÚ ¡Toma, pues por eso mismo me gusta!... Ah... si tú pudieras comprenderme. ¿Qué mayor encanto que su juventud, su inocencia?... No sabe palabra de nada, soy su primer amor. Su primer amor, ¿entiendes? (Pensativa y seria.) Y quiero ser el último, quiero ser su único amor. (En tono dramático.) Si no, ¡ay de él! (Volviendo a la alegría.) ¿Y me dices que es un muchacho? Sí, un muchacho que sueña; que vive en una nube; que no reflexiona; que no echa cuentas; que llora a mis pies si le digo que no le quiero; que me ama con toda su alma; que me ama como sólo se puede amar a su edad; queriendo vivir en un día toda una vida; queriendo dar en un beso todo el amor de su alma... Pero, anda, anda, que ya está ahí. ¡Corre, abre! (Vase corriendo Inés para volver acompañando a Carlos.) ¡Ya está aquí, ya está aquí mi maridito. (Sale corriendo para entrar en seguida abrazada a Carlos. Este es un muchacho muy joven, de temperamento fogoso, apasionado. Habla con sencillez, con ingenuidad. Viste con toda la elegancia compatible con el corto presupuesto de un estudiante, hijo de una familia regularmente acomodada.)

CARLOS (Defendiendo un ramo de flores que trae en la mano, de los apretujones de Lulú.) Toma, toma, que me las estropeas. (Inés hace mutis corriendo comica y picarescamente.)

LULÚ Gracias, vidita.

CARLOS También esto. (Saca un papel del bolsillo y se loda.)

LULÚ ¿Qué es?

CARLOS ¿No lo aciertas?

LULÚ ¿Más versos? (Palmotea.)

CARLOS (Un poquito avergonzado de su desahogo poético.) Sí... más versos.

LULÚ ¡Flores y versos!... ¡Muy bien, puro romanticismo! (Guardandolos.) ¡Luego me los leerás tú! Las flores son preciosas, de lo más bonito. ¿Y has estado paseándote por la calle a las dos de la madrugada con el ramo en la mano?

CARLOS ¿Y qué?... Son flores de mi casa, de nuestro jardincito. Las he cogido yo mismo.

LULÚ ¡Mira que si tu familia se enterase!...

CARLOS ¡Que se entere! ¿No puedo yo regalar unas flores?

LULÚ ¿A qué hora te escapaste de casa?

CARLOS A la una.

LULÚ (Riendo.) ¿Salió la fuga sin tropiezo? (Va colocando las flores en los búcaros.)

CARLOS Divinamente. Pero tiene mucha gracia, yo mismo me río... Figúrate, en una mano las flores, en la otra las botas y a todo esto sin atreverme a respirar y temiendo toser. Es preciso no hacer ni el más leve ruido. ¡Mi padre tiene el sueño tan ligero!... Entre mi alcoba y la puerta de servicio está el comedor y la cocina; figúrate las fatigas que me costará atravesar estas dos habitaciones a obscuras y sin tropezar con ningún mueble. He hecho un croquis de los obstáculos y lo llevo en la imaginación. Luego hay que evitar que suene un timbre que hay sobre la puerta. Un problema de electricidad en el que hubiese yo querido ver a Marconi. Chiquilla, cuando estoy en la calle doy un suspiro que se debe oir desde aquí.

LULÚ ¡Pobrecillo, y todo por mí!

CARLOS ¡Toma, si no fuese por ti!... Pero, créeme, si me encerrasen con llave, saltaría por una ventana.

LULÚ Por Dios, Carlos, que me das miedo.

CARLOS Muchas veces lo he pensado. El día que mi padre se entere de mis escapatorias nocturnas tengo la seguridad de que me encierra, pero nada me importa, ato una cuerda desde mi ventana y me descuelgo a la calle.

LULÚ ¡Siempre eres el mismo!... Pero, tanto me quieres?

CARLOS ¡Que si te quiero!... ¡Que pregunta! Lo que desearía era poder hacer algo para demostrártelo... Algo que valiese más que eso. (Mirando las flores y con sincera pena.) Poder de otro modo...

LULÚ ¿Qué querrías?

CARLOS (Con tristeza e ingenuidad.) ¡Un ramillete de flo-

res sin ningún valor y unos malos versos... eso es todo lo que yo puedo darte!

LULÚ Pero, ¿qué estás diciendo?

CARLOS Pero ya conoces la tacañería de mis padres. Cada vez es mayor desde que sospechan algo. Me tratan como a un niño; peor todavía. (Con ira.) Unas pesetas todas las semanas para mis gastos menudos. ¡Una miseria! ¡Una cosa ridícula!

LULÚ (Riendo.) Pero, tontín de mi alma, ¿acaso te pido yo algo? ¿Crees que iba a aceptar nada de ti? ¡Estás loco, por lo visto! A tu lado hasta el fin del mundo si fuera preciso iba yo pasando hambre y toda clase de penalidades... Aún así seríamos muy dichosos. ¿Verdad, vida?

CARLOS (Con gran sinceridad.) ¡Pero si ese es justamente mi sueño dorado!... En cambio... en cambio...

LULÚ ¿Qué? ¿De qué te quejas, vamos a ver?

CARLOS (Serio y pensativo.) ¿De qué me quejo?... Yo lo sé... y tú también... Me acuerdo de él...

LULÚ ¿De él? ¿Quién es él?

CARLOS (Nervioso y exaltado por los celos.) ¡El que acaba de salir de aquí! ¿Quién ha de ser?

LULÚ Hijo, eso es una tontería... No empieces, ¿sabes?

CARLOS Es que yo... no soy como otros... Yo...

LULÚ Te lo he dicho cien veces... No tienes motivo para tener celos, ninguno, ninguno, ninguno. Primero porque yo no le quiero ni poco ni mucho y después porque para mí, Villena, es como si no existiese.. No es nadie para mí... Entre él y yo no hay ningún género de intimidades. ¡Buena soy yo!

CARLOS Pero, ¿es posible? (Entre radiante e incrédulo.)

LULÚ ¿Es que aún lo dudas?

CARLOS Pero lo cierto es que él te acompaña a todas partes, que viaja contigo, que come aquí a veces, que se queda aquí solo contigo...

LULÚ Ni por casualidad. Inés me acompaña siempre. Puedes preguntárselo. Pero ¿a qué hablar de eso? ¿No te doy mi palabra?

CARLOS Entonces ¿por qué has de obedecerle? ¿Por qué le recibes? ¿Por qué hemos de ocultarnos como criminales? ¿Por qué no te cansas de hacerme recomendaciones?

LULÚ. Porque... porque... ¡Y dale!... Son cosas de las que tú no sabes o no quieres hacerte cargo. Me hubiera alegrado de que le hubieses visto hace un rato. No me preguntarías tanto ¡Menudo escándalo me ha dado!

CARLOS ¿Un escándalo?

LULÚ ¡Horroroso! Hubo un momento en que temí seriamente que ocurriera algo muy grave. Figúrate que ese desdichado sacó el revólver y se le apoyó aquí, (Señala la sien.) dispuesto a pegarse un tiro. Estuvo en un tris que no se levantara la tapa de los sesos.

CARLOS (Que siguió con ausiedad e ingenua credulidad el relato.) ¡Virgen Santísima! ¿Pero por qué motivo? ¿Qué ha pasado?

LULÚ ¿Que por qué?... Pues por lo mismo de siempre. Al pobrecillo se le ha metido en la cabeza que para hacerle dichoso no hay en el mundo otra mujer que yo... Y realmente puede que yo haga algún día la dicha de algún hombre, pero, seguramente, ese hombre no ha de ser él... ¡Infeliz!... Mi corazón ya se ha entregado por completo y para siempre...

CARLOS (Como antes.) Bueno, ¿y cómo acabó la cuestión?

LULÚ ¿Qué cuestión?

CARLOS El intento de suicidio.

LULÚ ¿Qué suicidio?

CARLOS El de él, lo del revólver.

LULÚ ¡Ah, ya!... Pues ha acabado... ha acabado porque a mí se me ocurrió fingir que me apiadaba de él y dejé escapar unas palabras, si no, ¡quién sabe lo que sería de él a estas horas!

CARLOS ¿Y qué palabras han sido esas?

LULÚ Una mentira... Bien sabes que a mí no me gusta mentir, pero era necesario; te juro por la vida de mi madre que en ese momento no podía hacer otra cosa. Le dije: «No pierda usted del todo la esperanza... Quién sabe... algún día»... Esto fué lo bastante para tranquilizarle. ¿Me perdonas? Si me tienes que perdonar, pues bien sabes lo que te amo, y que adoro en ti, vida mía; y que no quiero más hombre que tú... Tú y solamente tú eres mi vida entera.

CARLOS (Besándole las manos.) Sí, sí, alma mía... (Serio.) Pero no deja de preocuparme lo que pueda ocurrir algún día...

LULÚ ¡Bah!... Claro está que de seguir con esa idea fija, con esa pasión loca, tendrán que acabar por encerrar a ese desdichado en un manicomio, porque no te puedes figurar, Carlos, como está ese hombre Loco, loco perdido. (Al notar que Carlos se ha tornado pensativo y triste.) Pero, ¿qué tienes? Te has puesto triste de repente. ¿En qué estás pensando?

CARLOS En nada.

LULÚ No digas eso, sé sincero, Carlos, quiero que seas sincero como yo. Ya ves que no te oculto nada. Para ti no tengo secretos. ¿Acaso vas a tenerlos tú para mí?

CARLOS Vuelvo a decirte que no tengo nada.

LULÚ Es inútil que me lo ocultes. ¿No sabes que leo en tus ojos, en esos ojos tuyos que no saben mentir aunque quieran? Vamos, habla, dí la verdad. (Con otro acento y casi riendo.) ¿Tenemos celos todavía?

CARLOS No... no es eso

LULÚ ¡Luego hay algo! Habla, habla de una vez. ¿Ves como en tu frente había una nubecilla? Quiero saberlo todo.

CARLOS Te lo diré; pero tú, por tu parte, has de prometerme contestar con igual franqueza.

LULÚ ¿Y eres tú quien me pide que conteste con franqueza? Por lo visto, todavía no me conoces.

CARLOS Sí, te conozco, te conozco, o por lo menos creo conocerte; pero eres tan especial, hay algunos momentos en que me desconciertas... Por otra parte, lo que me han contado de tu vida...

LULÚ (Tornándose seria.) ¿Qué te han contado? ¿Qué es lo que te han contado de mi vida? ¿Qué te han dicho de mí?

CARLOS (Tímidamente.) Que... es preciso huir de ti .. Que eres...

LULÚ (Con rapidez.) ¿Huir de mí?

CARLOS (Más decidido.) Que eres una mujer peligrosa. Que hace unos años un muchacho, hijo de una familia muy bien acomodada, aconsejado por ti se escapó de su casa llevándose un

dinero que no le pertenecía, que sufrió mucho y que por último se pegó un tiro.

LULÚ (Exaltada y con exagerados gritos.) ¿Yo? ¿Yo?... ¿Y tú has consentido que te contasen todo eso sin protestar? ¿Has podido creer capaz a Lulú de semejantes infamias? Yo, pobre de mí, que lo único que he hecho en mi vida ha sido padecer por los demás. (Furiosa.) Pero ¿quién ha sido la sinvergüenza que te ha contado esas infamias? Por más que me me lo figuro, alguna mujerzuela envidiosa de mi felicidad, de la dicha que comienzo a disfrutar, alguna perdida de lo más perdida, que quisiera tener mi suerte. Pero dímelo, dime quien es esa bribona para que yo pueda...

CARLOS (Que durante las anteriores frases de Lulú no ha cesado de decir: ¡No! ¡Calla! ¡Lulú, por Dios! ¡No es verdad, pero sin que por eso interrumpa Lulú su parlamento, la coge de un brazo y exclama ya fuerte y con energía.) ¡¡Calla, que es mi madre!!

LULÚ (Asombrada.) ¿Tu madre?

CARLOS ¡Sí! (Cae anonadado en una butaca.)

LULÚ (Tras una corta pausa, se aproxima a Carlos enjugándose las lágrimas y le dice con timidez y con un hilo de voz.) Perdóname, Carlos, he sido muy mala... Comprendo que merezco... no sé; hasta que me desprecies... ¡Fué tu madre, tu pobre y santa madre!... Yo no quise ofenderla, perdóname... La han engañado... Yo no podía suponer... Perdóname. ¿Qué quieres? En un instante de obcecación, teniendo miedo de que alguien se hubiese propuesto robarme mi dicha... Eso me hizo perder la cabeza. (Le acaricia.) ¡Te quiero tanto! (Pausa corta.) ¿Me perdonas, dí?

CARLOS (Conmovido y estrechando las manos de Lulú.) No hablemos más de ello... Sí, seguramente han engañado a mi madre... Algún oficioso, el mismo tal vez que ha ido a contarle... Yo mismo no podía creer... pero por otra parte no he sabido callármelo... Bueno, he dicho que no hablemos más de este asunto.

LULÚ (Muy cariñosa, sentándose a su lado.) ¡Que bueno eres, Carlos de mi alma!... Que contenta estoy al ver que no crees... Pero bueno, me ol-

vidaba de que debemos hablar de otra cosa. (En tono alegre, que deja adivinar que es un poco forzado.) Dime, dime, ¿qué has hecho durante el día? ¿dónde has estado?

CARLOS En la Universidad y en casa.

LULÚ Oye, ¿sabes que me parece que estudias demasiado?

CARLOS ¡Pues si tú supieras lo poco satisfechos que están los catedráticos de mis progresos!...

LULÚ Diles de mi parte que son unos idiotas.

CARLOS ¡Si se lo dijeses tú de la mía!

LULÚ ¿Han vuelto a amenazarte con la expulsión?

CARLOS Y temo que el día menos pensado la amenaza se cumpla.

LULÚ ¡Mejor!

CARLOS ¡Mujer! ¿Y mi padre? ¡Ni pensarlo quiero!

LULÚ Tu padre acabaría por hacerse cargo y se alegraría Sí, sí, no me mires, yo sé que a todos los hombres de talento los han echado de las Universidades. ¡No te rías! Lo he leído. El artista no puede soportar las rutinas de la enseñanza oficial...

CARLOS Es que, vamos, yo no soy un artista, yo no voy al Conservatorio precisamente...

LULÚ Es lo mismo. Además que tú con esa cabeza, y esos ojos, no puedes ser más que artista... Sabe Dios si tendremos en ti a un gran músico, a un gran actor. (Le acaricia la cabeza riendo.) Con esta frente que tú tienes no hace falta estudiar. El talento está aquí y no en los librajos. ¿Que te echan de la Universidad? Mejor, te vienes a mi casa. Yo te aseguro que aquí aprenderás más que allí.

CARLOS ¡Qué loca más deliciosa!

INÉS (Que entra precipitadamente, agitada y descompuesta.) ¡El, señorita! ¡Que viene él! ¡Que ya está aquí!

LULÚ (Rapidísimamente hace levantar a Carlos y le mete en la alcoba segunda izquierda y en seguida se instala en el sofá, todo ello con la rapidez apenas precisa para que Villena no vea nada.) ¿Eh? ¿Quién es? (Desperezándose como si acabase de despertar y en tono de mal humor.)

VILL. (Apareciendo en la derecha.) ¿Molesto?

(Inés, asustada, se va por la izquierda.)

LULÚ ¿Tú?

VILL. (Con mucha calma, con sorna) ¿Se te ha pasado la jaqueca?

LULÚ (Después de mirarle fijamente.) ¿Por qué has vuelto?

VILL. (En el mismo tono de antes.) ¡Qué pregunta! Para saber cómo seguías... Estaba preocupado... ¡Pobre Lulú! Te dejé tan mala... Pero ahora veo que ya se te ha pasado. ¡Más vale así!

LULÚ (Enojada.) ¡Sí, ya estoy mejor!

VILL. ¿Y se puede saber quién te ha asistido tan bien?

LULÚ (Con ímpetu) ¿Qué quieres decir con eso?

VILL. (Siempre sereno e irónico.) Porque me figuro que habrás llamado al médico, y como los médicos a veces hacen milagros... Hay algunos que curan las jaquecas en cinco minutos.

LULÚ (Con exagerada nerviosidad.) Por Dios y por todos los santos, déjate de ironías. Ya sabes que me saca de quicio ese tonillo que empleas a veces.

VILL. (Casi aparte.) ¡La verdad, no lo comprendo! (Sigue mirando en derredor.)

LULÚ (Más nerviosa) Vamos, habla de una vez; dime lo que estás pensando.

VILL ¿Yo?

LULÚ (Remedándole.) ¿Yo? ¡Tú! El médico, la jaqueca... (En su voz.) ¡Sé franco! ¿Es que supones acaso que ha venido alguien a verme?

VILL. ¿Alguien? ¿En qué sentido?...

LULÚ (Levantándose y en voz alta, jugándoselo todo.) A ver si tienes valor para dudar de mí.

VILL. (Cómicamente exagerado.) ¿Yo? ¿Dudar yo de ti? ¡Nunca se me ha ocurrido! ¡Nunca tuve la más leve sospecha!... ¡Te parece, creer que dudaba!...

LULÚ ¡Y dale con la maldita ironía!

VILL. Que no, que no te digo. Y tan cierto estoy de ello que no entro en tu alcoba seguro de que no hay nadie... Por más que, claro, si alguien hubiese estaría en el interior buscando la ocasión de ganar la puerta. (Se dirige hacia la primera izquierda, Lulú hace un movimiento, pero Villena se detiene, siempre imperturbable.) Un momento, se me olvidaba. (Va a la puerta de la

derecha, la cierra con llave y guarda esta en el bolsillo.) Cierro porque no quiero que te entre frío y te vuelva la jaqueca.

LULÚ (Con voz ahogada.) ¡Qué hombre! Es indigno lo que estás haciendo, humillante...

VILL. ¡Qué quieres, estoy tan seguro de que no hay nadie, que deseo darte el placer de que me humilles reprochándome este registro! (Se va por la primera izquierda.)

CARLOS (Que estuvo oculto tras los cortinones de la segunda izquierda, sale tan pronto como desaparece Villena.) ¡Basta! (Decidido y con energía.)

LULÚ (Asustada.) ¡Escóndete, por Dios, escóndete! ¿Qué haces?

CARLOS ¿Esconderme? ¿Para qué? Es imposible escapar. ¿Quieres que me coja como a un ratón? Además, que no me gusta esto. (Con energía.) ¡Daré la cara francamente, ea!

LULÚ (Excitadísima.) ¡Que tú no sabes lo que puede pasar!

CARLOS No tengo miedo.

LULÚ ¡Mira que te va a matar, que es tremendo ese hombre!

CARLOS No será tanto.

LULÚ ¡Que lleva siempre el revólver, que nos va a matar a los dos!

CARLOS No le creo capaz de un asesinato. Siempre me has dicho que es un caballero.

LULÚ (Se desploma en un sofá llorando y ocultando el rostro entre las manos apoyadas en el respaldo.) ¡Ay, pobre de mí, pobre de mí!

VILL. (Entrando por la primera izquierda.) ¡Ah! ¡Ya está aquí el médico! (Carlos toma una actitud resuelta y provocadora, la del muchacho que se siente una vez hombre.) Caballero... (Sonríe y saluda con una inclinación de cabeza.)

CARLOS Señor mío, muy pocas palabras. Voy a despachar muy pronto. Sí, señor; soy el amante de esta señora y estoy a la disposición de usted.

VILL. (Risueño.) ¿A mi disposición? ¿Y para qué?

CARLOS ¿Cómo que para qué?

VILL. Claro, me parece que ya ha hecho usted bastante con ponerse a la disposición de la señora.

CARLOS Déjese usted de bromas... Creo que no es el momento...

VILL. Como usted guste. ¿Quiere usted que hablemos en serio? ¡Pues hablaremos! ¿Quiere usted que ajustemos cuentas?

CARLOS Sí, señor.

VILL. Nada más justo. (Se lleva la mano derecha al bolsillo trasero del pantalón.)

CARLOS (Creyendo que Villena va a sacar el revólver se precipita hacia él gritando) ¡Ah, eso no!

VILL. (Justamente en el momento en que Carlos le va a poner la mano en el pecho para sujetarle él saca una llave y se la coloca a Carlos bajo las narices.) Pero, ¿qué le pasa a usted?

CARLOS (Al ver la llave se queda aturdido.) ¿Qué?

VILL. ¿Tanto miedo le causa a usted una simple llave?

CARLOS Es que... (Mira a Lulú que sigue tendida en el sofá ocultando el rostro.)

VILL. Una llave, sí, la de la portería. ¿No ha dicho usted que deseaba que ajustásemos cuentas? En esta clase de asuntos se debe empezar por la entrega de las cosas, creo yo. (Por Lulú.) A esa no se la entrego porque ya se ha hecho usted cargo de ella sin pedirme permiso, pero le entregaré todo lo demás. (Indicando toda la habitación.) Ya ve que se halla en buen uso, casi nuevo, pero si encuentra algún defecto puede reclamar. Aquí tiene la llave del portal y el llavín del piso. Cerradura inglesa, gran seguridad, cómoda. (Deja las llaves sobre la mesa.) Las habitaciones ya las conoce, es decir, lo supongo. La casa es pequeñita, pero muy conveniente. No tiene escalera de servicio, es un defecto, podía ahorrarle a usted el día de mañana una escena desagradable semejante a esta... El alquiler está pagado hasta fin de mes. Comestibles también debe haber bastantes. Ropa blanca, muebles, todo se lo cedo... ¡Ah, usted dispense, menos mis camisas de dormir, supongo que tampoco usted las querría!

CARLOS ¡Caballero!

VILL. No se enoje usted por tan poca cosa. No es mi propósito ofenderle, al contrario, ya sé que es usted todo un caballero... Lo decía por mí. Mañana mandaré por ellas a mi ayuda de cámara. Por lo demás, ya sabe us-

ted que desde este momento todo corre de su cuenta, me refiero a la casa, en otras cosas había que remontarse muy atrás y no es del caso. Desde mañana puede usted disponer de todo con entera libertad y como mejor le plazca. Beneficios y pérdidas, activo y pasivo todo corre de cuenta de usted. Así me permitiré advertírselo al portero y a los proveedores. No se enoje, le he dicho. Alégrese de haber tropezado con un hombre de mundo que sabe hacerse cargo de las cosas y que sabe perfectamente que este género de asuntos no se pueden tomar por lo trágico. Son cosas estas que siempre acaban así o de modo parecido. No dejo de reconocer que era de esperar lo que ha ocurrido... Entre usted y yo hay diferencias, ¡digo! Usted es un arrogante mozo... en la flor de la vida (Estrechando la mano a Carlos.) ¡Dichoso usted! Venga esa mano sin rencor de ningún género. (Carlos, atontado, se deja estrechar la mano.) ¡Usted entra y yo salgo! ¡Cosas de la vida! Hoy a mí, mañana a usted... Es una cadena. Tal vez esté usted vengando a algún ofendido por mí hace veinte años. (En otro tono.) ¡Ah, se me olvidaba otra cosa! Permítame que le dé un consejo; despida a la doncella. No es de confianza. Sobre su sueldo yo la gratificaba con cinco duros mensuales además de las propinillas, y ya ve usted... Vaya, lo dicho. (Apretándole de nuevo la mano.) Despídame usted de la señora... Veo que está muy entretenida llorando y no quiero molestarla. (Saludando con elegancia.) Con permiso. Ah, usted perdone, me hace aún falta la llave del portal. Mañana se la enviaré. Usted perdone. Adiós, y que sean ustedes muy felices. (Saca del bolsillo la llave de la puerta de la derecha, abre y la deja puesta. Mutis.)

LULÚ (En cuanto Villena ha desaparecido se levanta rápidamente y exclama con violencia.) ¡Canalla! (Carlos la mira con ira, quiere hablar, pero no puede. Entonces recoge el sombrero y el abrigo que Lulú metió en la alcoba.) ¿Qué vas a hacer?

CARLOS (Con angustia y profundo dolor.) No quiero estar en esta casa ni un instante más.

LULÚ — Pero, ¿tú haces caso a ese canalla?

CARLOS — ¡Basta ya!... ¡Adiós!

LULÚ — (Se abalanza a él para detenerle.) No, Carlos, por Dios, que no es verdad, que no es verdad lo que ha dicho ese hombre.

CARLOS — (Desasiéndose de los brazos de ella.) ¡Déjame, déjame que me vaya. (Tras corta lucha, Carlos consigue desasirse y se va por la derecha.)

LULÚ — ¡Carlos, Carlos!... (En cuanto se convence de que no vuelve se tranquiliza con cierta rapidez.)

INÉS — (Entrando.) ¿Se han ido los do ? Pero, ¿qué ha pasado, señorita? ¿También el señorito Carlos?...

LULÚ — (Se queda pensativa un momento y después sonríe.) Ese vuelve, no hay cuidado, vaya si vuelve. Mañana... o esta misma noche. (Ríe.) Sí, seguramente. Cuando llame, le abres. (Se dirige hacia la alcoba comenzando a desnudarse. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Tenducho de un zapatero remendón en una vieja casa de los barrios bajos.

En el foro entrada a la tienda con puertas de madera que abren hacia la calle y juegan. En el foro derecha una ventana con reja y cristales. Puerta y ventana dan a una calle estrecha y fea y aparecen abiertas de par en par.

La parte izquierda de la tienda está destinada a vivienda de la familia, y es sala, comedor y dormitorio. En el ángulo formado por las paredes del foro y la izquierda una cama de matrimonio con colcha de color. Un viejo biombo colocado perpendicularmente a la batería impide al que entra ver la cama. Una cortina de percal suspendida de un alambre paralelo al foro y que parece descorrida cierra este ángulo convirtiéndole en alcoba. Si las dimensiones del escenario no lo permiten así, la alcoba será la primera izquierda.

Adosado a la pared de la izquierda un vestusto y deteriorado aparador. En primer término el estrado de raso del gabinete de Lulú en el primer acto, y algún objeto más de capricho y de poco valor de la misma procedencia y en contraste con el resto del mobiliario.

Una mesa camilla y sillas de enea mezcladas con las lujosas.

En la derecha, o sea en la zona industrial, mesa de zapatero junto a la ventana, con los útiles del oficio; y cerca de ella sillas bajas para trabajar y alguna alta.

En el extremo derecho del foro escalera o arranque de ella que conduce al entresuelo, y en el centro de la pared de la derecha puerta de cuarterones con ventanillo que da al portal de la casa.

Es conveniente que la escalera se vea completa, lo que se logra, y da más carácter al decorado, siendo la tienda muy baja de techo.

Un quinqué con pantalla de papel sobre la mesa de zapatero. Sobre la camilla, suspendida del techo, una lámpara de comedor, de petróleo, antigua y que juega. Dos palmatorias con velas sobre el aparador.

En la calle, frente a la ventana, un farol del alumbrado público.

Frente a la puerta de la zapatería, en la acera opuesta, una taberna.

La acción comienza al anochecer de un día de otoño.

—

(Aparece VIRGINIA haciendo solitarios junto a la ventana. La escena está en la penumbra. Se destaca en la calle la luz de la taberna. De ella sale ruido de voces, chocar de vasos y golpes de fichas de dominó sobre las mesas. Se percibirá alguna voz de jugador de mús. Por la calle cruzan varias personas, menestrales en su mayoría.)

VIRG. (Al Farolero que se detiene junto a la ventana para encender el farol.) Vamos, hombre, ya era hora. Ca día encendéis más tarde.

FAR. ¿Es que quié usté que pague el Municipio la luz del escaparate?

VIRG. ¡Menudo ladrón está el Ayuntamiento!

FAR. ¡Anda! ¿Pa qué quedrá la vieja luz? El transebunte que la vea a usté sale corriendo. (Vase.)

VIRG. ¡Oye, tú, sinvergüenza, si salgo te voy a dar con el martillo en los sesos!

EUL. (Aparece en la calle tras la reja.) ¿Qué le pasa a usté, señá Virginia?

VIRG. El farolero que me ha insultao. ¡Cosas de Madrí! Le roban a usté media hora de gas por las mañanas y media por las tardes, que representan unos miles de pesetas, porque calcule usté, y encima la ponen a una verde si reclama. ¡Así se trata al contribuyente! ¡Pague usté contribución pa esto!

EUL. (Mirando hacia la taberna.) ¡Hija, creí que le pasaba algo a su hombre de usté!

VIRG. ¿Qué dice?

EUL. Que órdago a la grande y otra cosa que no repito por no ser *blásfema*.

VIRG. ¡Cuándo se acabará el vinazo!

EUL. Más vale que los hombres estén en las tabernas que sorbiendo los vientos detrás de las faldas.

VIRG. Es que a ese no le da por ahí, y Dios le libre de que le dé...

EUL. Pues hija, tenga usté cudiao, porque con lo que presume de buen mozo, tié a más de cuatro del barrio con ictericia.

VIRG. Fuera de chungas, señá Eulalia, si ese se tuerce algún día, servidora avecina en Al calá.

EUL. Vaya, hasta luego, que he despedío a la cocinera y he dejao puestas las alubias. (Se oye en el entresuelo la voz de Lulú que canta el couplet más en boga.) ¿Es la Lulú? Qué contenta está.

VIRG. Esa está loca; no hace más que tirar la suerte por la ventana. A la señoríta la gusta que la hagan el amor... ¡El amor, el primo hermano de la miseria!

EUL. Está en la edá... Es joven y guapa; en medio de tó, hace bien de disfrutar de la vida. Más caro la iba a costar hacerlo a la edá de usté, pongo por caso.

VIRG. (Tragando saliva.) No me haga usté hablar, señá Ulalia... Y mientras tanto una se tié que matar como un perro pa sacar alante esta casa y por toa recompensa, el uno en la tasca y la otra cantando cuplés.

EUL. Vaya, hasta luego, que me parece que voy a encontrar las judías en colisión.

VIRG. Vaya usté con Dios. (Desaparece Eulalia.)

LULÚ (Dentro, repite la canción o canta otra también muy en boga)

VIRG. (Levantando la voz y dirigiéndola hacia el entresuelo.) Oye, tú, cupletera de mi alma, ¿vas a dejar los cánticos o subo yo a hacerte el dúo?

LULÚ (Arriba.) ¿Es que te molesta?

VIRG. ¡Más que un fonógrafo! (Lulú canta más fuerte.) ¡A ver si tengo que enseñarte a respetar a tu madre! (Lulú contesta con una carcajada insolente.) ¡Mira que ya sabes cómo las gasto! ¡A mí no me pierdes tú el respeto!

LULÚ (Riéndose.) ¡Adiós, respetable madre!

VIRG. ¡Como sigas así, voy a buscar a tu padre pa que te meta en cintura!

LULÚ (Aparece en lo alto de la escalera. Vestido llamativo.) ¡Pues ya iba a pasar un ratito hasta que le encontrases!

VIRG. ¡Lulú! (Apurada.) A ver si te oye él..

LULÚ ¿Quién? ¿El húsar? Ese me importa a mí un comino! (Encienden la luz.)

VIRG. ¡Vaya una manera de hablar! ¡Vaya un lenguaje para una mujer decente!... ¿Es esa la educación que te he dao?

LULÚ (Muy natural.) Sí.

VIRG. (Amenazadora.) Lulú...

(Llaman con los nudillos en la puerta de la derecha.)

LULÚ (Variando instantáneamente de acento.) ¡Es él! (En voz baja a Virginia.) ¡No hagas tonterías! ¡No grites!... Vé a abrir. (Llaman de nuevo.)

VIRG. (Se sienta ante el velador y vuelve a hacer solitarios.) ¿Abrir yo al niño ese? ¡Te pues aguardar sentada!... ¡En canal le abriría yo!

LULÚ (Con ira y voz reconcentrada.) ¡Que le abras te digo!

VIRG. (Siguiendo con las cartas) «Ay, ven y ven y ven...»

(Llaman de nuevo.)

LULÚ (En voz alta.) ¡Voy en seguida! (Al pasar junto a Virginia.) ¡Ya me las pagarás, vaya si me las pagarás! (Va corriendo a abrir a Carlos. Al entrar éste, como por encanto, cambia la expresión del rostro de ambas mujeres. Lulú, con inmensa alegría, acoge al joven.) ¡Tú! ¡Por fin has venido!

CARLOS Perdóname; en mi casa no acababan nunca esta noche. (Secándose el sudor de la frente.) ¡Qué calorcito hace todavía... y como he venido corriendo!...

LULÚ (Le coge el pañuelo y ella misma le enjuga el sudor.) Yo ya estaba desesperada; hasta he llorado... No se me ocurría más que pensar si estarías malo, si te habría ocurrido algo... Mira, aún tengo palpitaciones en el corazón.

CARLOS ¡Pobre Lulú, no hago más que hacerte sufrir, aburrirte!

LULÚ ¿Tú?

CARLOS Sí. (Con tristeza.) Cuando pienso en ello... cuando te veo aquí... Por mí te has sacrificado... has tenido que renunciar...

LULÚ Vaya, no empieces a decir tonterías.

CARLOS ¿Tonterías? ¡Si es la pura verdad, desgraciadamente! Pero, ¿qué quieres? (Con pena e ingenuidad.) ¡No tengo un céntimo!

LULÚ ¡Que te calles! Ya sabes que no quiero oirte decir esas cosas.

VIRG. Buenas noches, Carlos.

CARLOS (Viéndole en este momento.) ¡Ah! Buenas noches, señora Virginia; no la había visto.

VIRG. ¿Por qué no ha entrado usted por la tienda? No hubiese usted tenido que esperar.

CARLOS Por evitar comentarios; a estas horas está la calle que parece el salón de conferencias. Y como entrando por el portal es tan cómodo... La portera no está nunca, la otra calle es más tranquila...

LULÚ Has hecho bien; hay cada lengua de hacha... Oye, Carlos, ¿me sacarás a dar una vuelta?

CARLOS Eso te iba a proponer.

LULÚ (Palmoteando.) ¡Qué alegría! Pues voy a arreglarme en un segundo. Verás qué poco tardo. (A Virginia, que no le ha dicho una palabra.) No, mamá, no; no como nada; no tengo gana.

CARLOS Pero, ¿es que no has cenado todavía?

LULÚ No, pero no importa.

CARLOS (Cariñoso.) Mujer, no debes hacer eso. Iremos al café a que tomes algo.

LULÚ (Que sube ya por la escalera.) ¡Eso es, para que nos vea tu padre!

CARLOS A estas horas mi padre está en el Casino.

LULÚ ¡Está en todas partes! Esta mañana me le he encontrado.

CARLOS ¿Dónde?

LULÚ En la Puerta del Sol.

CARLOS ¿Y te ha visto?

LULÚ ¡Ya lo creo, y me ha lanzado una miradita!... ¡Como sabe que te quiero tanto y que haga lo que haga no va a conseguir que deje de quererte!... Ni tú a mí tampoco, ¿verdad?

CARLOS (Un poco cortado por la presencia de Virginia.) No... no. Arréglate.

LULÚ (Desde lo alto de la escalera saluda con la mano como los niños, diciendo abur; luego se besa los dedos, pone el beso en la palma de la mano y se lo envía a Carlos con un soplo.) Toma, feo. (Se retira.)

CARLOS ¡Qué loquilla! (Sonríe satisfecho.)

VIRG. (Aproximándose a Carlos, con mucho misterio.) ¿Ha oído usted? No come nada, lo que se dice nada; menos que un pajarito. ¿Y sabe usté por qué?

CARLOS ¿Por qué?

VIRG. Porque la tié usté vuelto el juicio. Está loca, pero verdaderamente loca por usté. (Carlos sonríe fingiendo incredulidad.) ¡De verdá! Si la hubiese usté visto un minuto antes de llamar usté a la puerta...

CEL. (Entra por el foro. Es una doncella muy mona, muy pulida y pizpireta. Habla con acento andaluz, recortadito y fino.) Buenas noches. ¿Está el remendón?

VIRG. Vamos por partes, señorita; aquí no hay ningún remendón.

CEL. ¡Jesús, hija, no hay que ponerse así! No había reparao que en el escaparate está el escudo de Proveedor de la Real Casa. Si no quiere usted que le llame remendón le llamaré maestro de obra prima, para salvar la honra del establecimiento; yo respeto a todo el mundo, porque me gusta que me respeten a mí, ¿sabe usted?

VIRG. Bueno, ¿y qué se le ofrece?

CEL. Pues que si su señor esposo ha rematao los calzados del Palacio Real, me haga el favor de poner unas tapas a los tacones de unos zapatos de charol que traigo aquí; pero si se ha menester echar memoriales, dígamelo usted, porque traigo mucha prisa.

VIRG Niña, niña; menos lengua y un poco de paciencia. Voy a llamar a mi marido.

CEL. ¡Pues más viva!

VIRG. ¡Caray, qué ardilla!

CEL. ¡Jesús, qué galápago! (Virginia la mira, y refunfuñando, cruza despacio la calle y entra en la taberna.) ¡Mírela usted cómo corre, que parece que tiene miedo a romper el suelo. (Desenvolviendo los zapatos que trae en la mano.) Si a mí me tocase una suegra así, me daban viruelas.

CARLOS (Riendo.) ¿De veras?

CEL. ¡Digo!

CARLOS ¿Son de usted los zapatos?

CEL. Sí, señor.

CARLOS Son una monada.

CEL. El calzado es mi lujo, ¿sabe usted? Yo creo que una mujer, por pobre que sea, como vaya bien peinada y bien calzada, resulta una princesa.

CARLOS ¿Y no le están chicos?

CEL. ¡Bailando! ¿O es que cree usted que yo tengo unos pies como la maestra? Mire usted, (Le muestra el pie.) y eso que estos me están más grandes aún.

CARLOS Son dos miniaturas.

CEL. Muchas gracias. Oiga usted, y disimule la curiosidad, me parece que le he visto por aquí otras veces.

CARLOS Es que quiero entrar de aprendiz.

CEL. Sí, ¿verdad?

CARLOS. Para tomar medidas cuando vengan parroquianas con piececitos como el de usted.

CEL. ¡Mira qué tunantón es el señorito!... Lo que decía es que yo le he visto a usted desde el balcón rondar por la calle, y mis señoritas también se han fijado, no crea usted.

CARLOS Es que tengo por aquí muchos amigos.

EST. (Seguido de Virginia y de mala gana sale de la taberna y entra en la tienda. Tiene cuarenta y tantos años, pero presume de buen mozo; se contonea flamencamente y lleva el pelo muy ensortijado, con raya enmedio y el bigote muy tieso y grande. Habla con acento solemne y enfático.) Ahora vuelvo. (Al salir de la taberna. Al cruzar la calle.) ¿Qué pasa? ¿Para qué me quieren? (Al entrar en la tienda.) Hola, don Carlos, buenas noches. (Tendiéndole la mano.) Ahí va esa mano; mano de trabajador, pero honrada y limpia.

CARLOS (Le aprieta la mano sonriendo.) Buenas noches.

EST. Me alegro en el alma verle tan bueno (Dirigiéndose a Virginia.) No sabes tú bien lo que vale este muchacho. Es de los del molde antiguo, de los que quedan pocos. Mucho talen to y mucho corazón: cuerpo fuerte y alma sana. Es lo que se dice una esperanza de la patria... Así era yo a sus años. Es decir, tenía corazón, pero me faltaba talento. (Apretando de nuevo la mano de Carlos.) Muy bien, don Carlos, siga siempre adelante. (Volviéndose hacia Celestina.) ¿Y a usted, qué se la ofrece?

CEL. Estos zapatos. Quiero que me ponga usted unas tapas más para que levanten un poco y...

EST. ¿Eh? Poesía popular, ¿eh? don Carlos. Bonita, pizpireta. ¿Eh? Mire usted si viene mal el cantar:

Hágame usté unos zapatos
con el tacón que levante,
que soy chiquita y no alcanzo
a los brazos de mi amante.

VIRG. Que no te oye, hombre.

EST. ¡Ah!

CEL. No se crea usted que quiero los tacones sólo por presumí, es que no me gusta que tengan ni una mijita torcido y porque si no se arreglan a tiempo se rompen antes.

EST. (Sentencioso.) En eso tiene usted razón; el calzado, como las mujeres, aunque estén nuevas, siempre tiene algo que arreglar; por otra parte, en las botas, lo mismo que en la política vale más prevenir que reprimir. (Tirando los zapatos sobre el banquillo.) Para mañana los tendrá usted como si no los hubiera estrenado. (Por Carlos.) ¿Se ha fijado usted en el novio de nuestra chica?... Si ella es guapa creo que él no es para tirarle... No se crea usted que en otros tiempos no tenía también lo suyo la juventud. (Saca la cartera y de ella un retrato.)

VIRG. ¡Ya salió! (Se va a sentar junto a la ventana y habla con Carlos.)

EST. A ver qué le parece a usted esta tontería de húsar.

CEL. Muy guapo.

EST. (Con satisfacción.) ¡Ya lo creo! ¿Y sabe usted quién es este cabito?

CEL. ¿Su hijo de usted quizás?

EST. ... Su... Más vale callar... Este cabo de húsares era Esteban Briones, servidor de usted.

CEL. ¡Ay! es verdad, usted perdone...

EST. Un cabo que conquistó los galones en el campo de batalla y que vertió su sangre por la patria peleando con los moros.

CEL. ¡Ay, mi abuelito también estuuo en Africa! ¿Estuvo usted con Prim?

EST. ¡Con su abuela de usted!

CEL. ¡Ay!

EST. Yo he estao con el general Margallo.

LULÚ Pero ¿quieres dejar ya la conversacion?

CEL. Vaya, hasta mañana. (Baja Lulú con sombrero.)

VIRG. Vaya usted con Dios.

EST. ¿Le parece a usted la niñita esa? (Hablan.)

(Momentos antes de salir Celestina, se ha visto a Salinas pasar y repasar por delante de la puerta mirando con interés.)

VIRG. (Viendo a Salinas dice aparte y con cierta inquietud a Lulú) Oye, Lulú.. Ahí fuera hay uno que no hace más que mirar y me parece que va a meter la pata. ¿Le conoces?

LULÚ (Mira con disimulo, después deja el abanico sobre una silla y dice con naturalidad.) Oye, Carlos, ¿me vas a hacer un favor?

CARLOS Tú dirás.

LULÚ Sube a mi cuarto, abre el cajón de arriba de la cómoda y bájame el abanico que me regalaste, que se me ha olvidado.

CARLOS Sí, mujer, en seguida. (Sube la escalera.)

EST. Dichosas mujeres, don Carlos, todas son iguales de engorrosas

(Lulú se acerca al foro y llama a Salinas que se aproxima. Se coloca de forma que si Carlos volviese, no viera más que su figura.)

EST. (Quitándose la gorra.) ¡Caballero!...

(Lulú hace señas a sus papás para que se alejen.)

SAL. (Elegante, no viejo, tipo de gran señor.) ¿Qué tal, Lulú?

LULÚ Habla bajo.

(Virginia se coloca entre Lulú y la escalera y está atentísima para avisar. Esteban hace un gesto como diciendo: ¡Ya caigo!.)

SAL. Por lo visto, tiene celos el pipiolo.

LULÚ ¡No ha de tenerlos! Es preciso que te vayas en seguida ¿sabes? No quiero que tengamos un disgusto.

CARLOS (Arriba.) Oye, Lulú, que aquí no está el abanico. (Lulú se aparta de la puerta.)

LULÚ Sí, me habré equivocado. Mira en los otros cajones.

SAL. Entonces ¿cuando nos vamos a ver?

LULÚ Mañana a las tres de la tarde. Iré allí.

SAL. Perfectamente.

LULÚ Vete. ¡Adiós! (Llamándole.) Oye, ¿fuiste a casa de la modista?

SAL. Ya está pagada la cuenta.

LULÚ Dispensa. ¿Sabes?...

SAL. Nada, mujer, me hago cargo. Buenas noches. (Saluda y vase.)

EST. Caballero...

VIRG. (En seguida.) ¿Quién es? ¿Quién es?

LULÚ Un caballero al que conocí en el teatro este invierno.

EST. A la legua se ve que es una persona formal, bien acomodada... Un verdadero gran señor, del antiguo régimen, de lo que ya no queda en España...

VIRG. Pero ¿qué quería?

LULÚ (Fastidiada.) ¡Qué maldita curiosidad!... Que recomiende a una sobrina suya a un empresario. (Recogiendo el abanico de sobre la silla y yendo al pie de la escalera.) ¡Carlos, no busques el abanico! Está aquí.

CARLOS (Apareciendo en lo alto de la escalera.) ¿Que está ahí?

LULÚ Sí, estoy tonta; le había dejado sobre la silla y no le veía. Perdona.

CARLOS Bueno, pues vámonos.

LULÚ Cuando quieras.

EST. Oye, Lulú, una palabra (Carlos saca un cigarrillo y Virginia se apresura a ofrecerle una cerilla de la caja que Esteban dejó sobre la camilla.)

EST. (Bajito.) ¿Tienes un duro?

LULÚ (Secamente.) ¡No! (Esteban hace un ademán y se dirige hacia Carlos, demostrando muy claramente que va a pedírsele a él.) A él, no. No quiero que le pidais nada; ya lo sabes.

EST. Hombre, cinco pesetas, entre amigos... Es para un compromiso... No quiero deberle ni una copa a Juan, ya sabes que somos antagónicos políticamente.

LULÚ ¡Déjame en paz!

EST. Te digo que las necesito de precisión.

LULÚ Arriba, en mi alcoba, en la caja de los guantes hay un duro. (Volviéndose a Carlos con acento alegre.) Vamos cuando quieras.

CARLOS ¿Secretitos tenemos?

LULÚ ¿Secretos? ¡Figúrate!... Me estaba diciendo que no tomase helados porque me sientan mal.

CARLOS Descuide usted, señor Esteban; no tomará helados aunque se empeñe.

VIRG. (Entre dientes.) ¡Viva la economía!

CARLOS Hasta luego. (Se van por la puerta del portal.) (Esteban sube corriendo por la escalera y desaparece.)

VIRG. ¿Qué vas a buscar arriba?

EST. Voy, voy en seguida.

VIRG. Apostaba la cabeza a que estás cogiendo dinero.

EST. (Bajando, con solemniad.) Al fin y al cabo soy el jefe de la familia.

VIRG. ¡Pero qué familia ni qué jefe!... Ya te he dicho que en el cuarto de Lulú no tienes que poner los pies para nada.

EST. (Sereno y con énfasis.) Tengamos calma, Virginia de mi alma, porque el hombre que falta de obra a una mujer, se rebaja y yo soy una persona digna y no pierdo la dignidad más que cuando estoy alterado por el alcohol... Puedes figurarte que estoy autorizado por la propia Lulú, de otro modo, jamás me hubiese yo permitido.

VIRG. ¿Que estás autorizao por ella? ¡Ya la ajustaré yo a esa las cuentas!

EST. Ya te librarás muy bien de faltarla. ¡Vaya! El único que en esta casa comprende a esa pobre criatura, soy yo. Es una santa, lo que se dice una santa. De lo que ya no va quedando en España.

VIRG. Una imbécil sí que es.

EST. Pero ¿por qué? ¡Vamos a ver!

VIRG. ¿Por qué?... Tú siempre has sido un visionario... No hay más que mirar esos cuatro muebles, ese saldo de los tiempos de Villena, y esa miseria. (Señala la otra parte de la tienda.) Ayer y hoy... de nadar en oro a verse en la miseria, ¡vaya un salto!... Y todo por el mequetrefe ese... A los tres años ha vuelto Lulú con lo puesto, ese sofá y la cama que está arriba... Ya ni las tres pesetas de corista... Y la tienda, prosperando...

EST. Mujer, ¿me vas a negar que Carlos es un chico que vale mucho?

VIRG. Yo no niego nada.

EST. Un muchacho todo corazón...

VIRG. Y sin dos cuartos.

EST. ¡Siempre el maldito dinero.. Yo, te soy franco; no me parecía decoroso la vida que llevábamos. No tan solo de pan vive el hombre. Villena, tenía a Lulú como se tiene a una querida a la que se paga; ni nos dejaba entrar en su casa, ni a Lulú venir aquí... En

cambio, Carlos, es otra cosa, se ve que viene con buen fin. Quién sabe, hasta puede que termine casándose con ella... ¿No sería eso más honrado para todos?

VIRG. Hombre, sí, pero mientras eso llega... resulta muy poco divertido ser honrado.

EST. El corazón también tiene sus derechos.

VIRG. El corazón... para el gato.

EST. Reflexiona que de haber pensado yo como tú hace unos años...

VIRG. Mira, mira, déjame de sermones que no tengo maldita la gana de coger un berrenchín. Toma la llave del portal y vete con tus amigotes a contarles todas esas cosas.

EST. Es que hay que poner en claro eso del corazón, no sea que vaya a resultar que me has hecho tú el favor de quererme...

VIRG. Anda, anda, déjame en paz... Por haberme sobrao a mi corazón, me vea como me veo, por eso quiero que a la chica no le pase lo mismo. (Le empuja fuera de la tienda y cierra las puertas. Después apaga la luz de la mesita y queda iluminada la escena solo por el quinqué.) Si tuviese yo diez años menos, ya me dirias tú... (Enciende una bujía, corre el biombo y la cortina, que dejan cerrada y oculta la cama, y saca del cajón del aparador un follelín de periódico burdamente recortado y cosico.)

EST. (Asomándose a través de la reja.) Te advierto que si yo me hubiese querido casar por el interés a estas horas andaba yo en automóvil.

VIRG. Pues has hecho bien, porque vuelcan mucho.

EST. Que descanses, prenda.

VIRG. Adiós, hombre, adiós. (Se oculta detrás del biombo.)

(Después de una corta pausa, entra Lulú por la puerta lateral.)

¿Quién es?

LULÚ (Convulsa.) ¡Soy yo! ¿Quién ha de ser?

VIRG. ¿Vienes sola?

LULÚ (Nerviosa.) Sí, vengo sola. (Se quita el sombrero y los guantes y los arroja con rabia sobre los muebles.)

VIRG. Pero ¿qué te ha pasao?

LULÚ ¿Ya estás acostada?

VIRG. Estoy acostándome.

LULÚ ¿Y tu marido?

VIRG. ¿Onde ha de estar? En la tasca. ¿Por qué me preguntas?

LULÚ (Siempre muy nerviosa). ¿Por qué te lo voy a preguntar? Por saberlo. ¿O es que está prohibido hablar a su majestad?

VIRG. Por lo visto estás nerviosa.

LULÚ (Sentada en el sofá, con una pierna sobre otra y golpeando el suelo con el pié.) ¿Yo...? Lo que tengo es que estoy harta y que esto no puede seguir así...

VIRG. ¿Pero se puede saber de una vez qué demonios ha pasao? (Lulú, no contesta.) ¿Habéis tarifao?

LULÚ (Con sequedad.) Nada de eso.

VIRG. Ptss... entonces no caigo.. Pero vuelves sola, por lo tanto si no habéis tarifao, y eso sí que sería pa celebrarlo, por lo menos ha habido bronca. (Corto silencio.) ¿No me lo quiés decir? Pues guárdate el secreto que maldito lo que me importa saberlo.

LULÚ Eso ya lo sé... ¡Para lo que te has preocupado tú de mí en tu vida!... Cuando Lulú tenía dinero, delirabas por ella, pero cuando no tiene una perra, como si fuera hija de la vecina de enfrente.

VIRG. (Con tranquilidad.) Si no fuera por dejar «El robo de las cien mil libras» que estoy terminando, me bajaba ahora mismo de la cama y ya verías como te contestaba, desagradecía

LULÚ (Rápida y desabrida.) ¡Bueno, a callar! que no estoy para observaciones ni para que me incomode nadie esta noche. ¿Sabes?... No me tientes la paciencia que ya me conoces... Tengamos la fiesta en paz.

VIRG. (Refunfuñando.) ¿No lo has escogido tú? pues disfrútale, hija mía, disfrútale que es una alhaja.

LULÚ (Se levanta rápida e iracunda y va hacia el biombo, pero se detiene y dice con mucha cólera.) Mira, tú, alhaja o trapo, es mío y le quiero, a mi manera, pero le quiero.

VIRG. ¡Pues sí que se ha resuelto el problema de las susistencias.

LULÚ ¿Qué dices? (Con enfado.)

VIRG. Que desde hace unos días, comprábamos al

fiao, y que desde mañana, ha dicho el tendero que no hay más fiambre.

LULÚ Mañana habrá lo que haga falta.

VIRG. Dios te oiga.

LULÚ Bueno, a callar que viene él. (Se levanta y abre.)

CARLOS Hola. (Entra muy excitado.)

LULÚ Bueno ¿y qué?

CARLOS Una regañeta de mil demonios.

LULÚ Por lo visto tenía decidido sorprendernos.

CARLOS Eso creo también. Cenando habló repetidas veces de que irá al Casino.

LULÚ ¿No te decía yo que estaba en todas partes? Yo, la verdad, cuando le ví presentarse me quedé muerta de miedo y no pude por menos de echar a correr.

CARLOS Has hecho muy bien.

LULÚ ¿Y tú?

CARLOS Yo dí la cara resueltamente. ¿Qué remedio?

LULÚ Pero vamos a ver, ¿qué pretende? ¿Qué quiere?

CARLOS La historia de siempre, los eternos consejos. Ya te lo puedes figurar.

LULÚ (Con sinceridad.) Es inútil, al corazón no se le puede imponer lo que ha de querer o despreciar... También él cuando joven habrá tenido una pasión, digo yo, pero ya no se acuerda o no se quiere acordar.

CARLOS (Violento.) Es un egoista, un hombre sin corazón y con malas ideas.

LULÚ (En seguida.) Vamos, vamos, Carlos, no digas eso. Al fin y al cabo es tu padre.

CARLOS (Excitándose cada vez más.) ¡Mi padre, mi padre!... ¡Es que ya estoy harto del padre, de la madre y de toda la familia!... Me parece que ya no soy ninguna criatura, que tengo algún derecho... Bien claro se lo he dicho en sus propias barbas, que no toleraba escándalos en casa ni en ninguna parte y menos en la calle delante de la gente. ¡Ni que fuera yo un niño! (Más despacio.) Además, que quiero mi dinero.

VIRG. (Detrás del biombo.) (¡Eso está mejor dicho!)

LULÚ ¿Que quieres tu dinero? ¿Qué dinero?

CARLOS Una cantidad que es mía y solo mía. Lo que me legó mi tío, mi padrino, y que él

quiere seguir administrando. ¡Pues no! A Dios gracias, legalmente tengo ya derecho a que me entregue ese dinero y si no me lo entrega por las buenas me lo entregará por las malas. ¡Así como suena!

LULÚ (Levantándose, con mucho interés.) Vamos, Carlos, no te excites de ese modo.

CARLOS (Rápido y con la misma excitación.) ¡Sí, sí!... Y no me lleves tú la contraria si quieres que tengamos paz... Mis relaciones con mi familia están ya rotas. Ha tenido el valor de decirme que me prohibía volver a casa y yo le he contestado que era lo que estaba deseando por que estaba harto de aguantarle... Desde mañana, tú y yo saldremos a la calle en pleno día, por lo más céntrico y cogidos del brazo.

LULÚ Me parece que haces una tontería.

CARLOS ¿Que hago una tontería?

LULÚ Claro; no veo la necesidad de tomar las cosas por la tremenda ¿Qué se consigue con eso? Nada. Al contrario, el enojo de tu padre será mayor, y como no me conoce sabe Dios lo que se puede figurar.

CARLOS ¡Que se figure lo que quiera! Me importa un comino todo el mundo.

LULÚ A ti te puede importar, pero a él no. A él le preocupa lo que puede decir la gente, las conveniencias sociales...

CARLOS A mí me tiene todo eso sin cuidado.

LULÚ Pero ten presente que tienes familia, que tienes hermanas...

CARLOS ¿Y por eso he de renunciar yo a tener relaciones con una mujer a la que quiero con locura? (Excitado.) ¿Es esa la conclusión que querías deducir? ¡Perfectamente! Yo soy tan tonto que me indispongo con mi propia familia por defenderte mientras estás dispuesta a dar por terminadas nuestras relaciones por no tener disgustos. Estás dispuesta a terminar sin una queja, sin una palabra de protesta sólo por dar gusto a la gente. ¡Muy bien, hija mía, no sabes cuanto te lo agradezco!

LULÚ ¡Pero, hombre, pero, hombre, por Dios!... Si no es eso lo que quiero decir, si lo único

que te digo y te repito es que tu padre desde su punto de vista tiene razón... Por otra parte, has de tener presente que no podemos seguir llevando esta vida .. Yo no saldré ya de casa con tranquilidad .. y mañana mismo, si a mano viene, pudiera suceder que me viera insultada directamente, aquí mismo...

CARLOS No tengas miedo; eso no lo hará.

LULÚ Pero si lo hiciera...

CARLOS Aquí estoy yo para ese caso.

LULÚ No es eso.

CARLOS (Gritando excitadísimo.) Pues entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Voy a dejarte? Di, ¿qué podemos hacer?

LULÚ Pues... casarnos.

VIRG. (Detrás del biombo) (¡Caramba!)

(Pausa. Carlos ha quedado como atontado por la sorpresa. Mira fijamente a Lulú expresando con la mirada la intensidad de su estupor y luego esta expresión se cambia por un sentimiento de despecho. Lulú afronta un momento la mirada de Carlos pero no puede resistirla y baja los ojos. Teme haber llevado su osadía demasiado lejos. Va a sentarse en el sofá y juguetea nerviosamente con los flecos de un cojín)

CARLOS (Después de la primera impresión, ha recogido sus ideas y da paseos por la estancia con un aspecto sereno al parecer. La palabra «casarnos» le ha producido la impresión de una quemadura. Se acerca a Lulú y rompe a hablar casi tartamudeando.) Pues mira... te diré... Mejor dicho, si he de ser franco... confieso que la palabra que acabas de decir... una proposición como la que me has hecho, la verdad, nunca la hubiese esperado. (Pausa.) Porque ya puedes suponer que eso es muy grave... muy delicado...

LULÚ Ya, ya lo sé...

CARLOS Creo que una proposición de esa naturaleza, de partir de alguien debía ser de mí... En mis labios aún tenía explicación eso de casémonos... Pero en lo que a ti se refiere, en cambio, era una cosa que debía haber permanecido oculta en tu alma así como un sueño... como un sueño que...

LULÚ (Levantándose bruscamente. Ha recobrado toda su energía y serenidad.) Ea, basta ya. Ni una palabra más.

CARLOS ¿Por qué?

LULÚ Que ni una palabra más te digo... ¿No te das cuenta de que lo que estás diciendo me enoja, me ofende y hasta me repugna.

CARLOS ¿Que te?...

LULÚ Eso es; me repugna... La palabra es dura, pero justa. Oirte hablar de ese modo me hace el efecto de que tengo delante a una persona distinta a la que creía conocer.

CARLOS No comprendo...

LULÚ (Comienza enérgica y después como consumada comedianta termina rompiendo en copioso llanto.) Pero, ¿sabes lo que me has dicho? ¿Sabes de qué manera me has hablado? ¿No te das cuenta de que me estás hablando de la misma manera que pudiera hacerlo un hombre que no siente sino que discurre, un hombre que calcula, un hombre sin corazón que se encuentra ante una mujer a quién ha pagado? (Carlos hace un gesto de protesta.) Sí, que ha pagado y tú sabes muy bien que yo de ti...

CARLOS (Interrumpiéndola con energía.) ¡No, eso sí que no!

LULÚ (Interrumpiéndole.) Nunca quise admitir ni un céntimo tuyo. Por tu cariño he preferido sacrificarme, privarme de lo más preciso, vivir con toda clase de estrecheces con tal de vivir honradamente, con el fruto de mi trabajo y era feliz porque el sacrificio me parecía una redención, el modo de merecerte...

CARLOS (Repitiendo excitado sin lograr interrumpir a Lulú que habla como si recitase un conocido trozo de comedia.) Que no, Lulú, que no he querido decir eso. Es verdad, lo sé. Sé lo que vale tu sacrificio.

LULÚ (Creciéndose.) Y tú en cambio lo que haces es abusar de tu posición para hablarme como puede hacerlo un déspota a una pobre infeliz que se halla indefensa y condenada a llevar una vida de penalidades sin cuento. A una pobre desventurada que al fin y al cabo ha tenido un instante la debilidad de soñar. . En eso tienes razón, lo confieso; he soñado, pero sin mala intención... Soy una desdichada que tenía la ilusión de que sus

lágrimas, su gran amor y sus sacrificios podían darle una redención, una hora de paz después de una vida de dolor y de martirio... En cambio... no... ya nada... Vivirá como vivía, aún peor... (Rompe a llorar.)

CARLOS (Aproximándose conmovido.) Lulú, Lulú, que no me has entendido bien...

LULÚ Vete, vete .. Vuelve a tu casa... Esta mía tan pobre no es para ti... Pero no olvides nunca que en esta casa todos te querían, todos.

CARLOS Oye, Lulú ..

LULÚ No quiero oir nada; todo se ha acabado... Se ha acabado por completo y para siempre... Déjame sola con mis lágrimas y con mi miseria.

CARLOS (Tierno.) Oye...

LULÚ (Más enérgica.) ¡Que te vayas, te digo!

CHICO (Pasa por la calle y se detiene ante la reja al oir los gritos.) ¡Ole, hay bronca!

(Lulú queda fuera de situación como se dice en las comedias y Carlos cortado)

VIRG. (Detrás del biombo.) ¡Cierra la ventana! ¡Qué demonio de chicos!

CARLOS (Al oir la voz de Virginia queda más confuso.) Señora Virginia... Pero, ¿se ha acostado usted?

VIRG. Hace un ratito.

CARLOS Usted perdone.

VIRG. No hay de qué.

(Pausa. Lulú cierra la ventana y queda de pie. Antes se seca los ojos y luego con las manos se arregla el cabello. Todo ello sin mirar a Carlos y manteniendo su actitud de víctima resignada. Al cabo de un rato comienza a mirar de soslayo a Carlos y éste hace lo propio, hasta que por fin sus miradas se encuentran. Lúlu se sonríe un poco. Carlos hace lo mismo y por fin los dos muchachos se acercan el uno al otro y con uu arranque de pasión se abrazan con entusiasmo.)

LULÚ ¡Alma mía! ¡Vida de mi alma! ¡Como te quiero!

CARLOS (Acariciándola con dulzura.) Perdona, perdona, he hecho mal.

LULÚ No, no; yo he tenido la culpa.

CARLOS Fuí yo, sólo yo...

VIRG. (Detrás del biombo.) (¡Comenzó la serenata!)

LULÚ (Alegre.) Pues entonces ya no hay que hablar de ello. A perdonarnos el uno al otro y a querernos más que nunca.

CARLOS Eso es. ¿Quieres que para celebrar nuestras paces salgamos un rato? Vamos al café a que tomes algo.

LULÚ ¿Salir otra vez? ¡Pero tú estás loco! Con lo bien que estamos aquí. (De repente.) ¡Una idea! (Indicando la camilla.) Cenaremos ahí los dos solitos.

VIRG. Busca en el cajón del aparador.

LULÚ ¡Qué mamaíta tan buena! (A Carlos.) Ella está en todo, ¿sabes? (Va al aparador y saca las cosas precisas para una cena frugal.) Aquí no tememos ni al mozo ni a ningún testigo. Verás cómo lo pasamos mejor que en el café.

CARLOS Sí... pero tu madre...

VIRG. No se apure usted, joven, yo duermo.

LULÚ Anda, siéntate ahí, (Arrastra el sofá al lado de la mesa.) aquí, a mi lado. (Carlos se sienta y ella corta jamón o cualquier fiambre.)

CARLOS Come tú que no has cenado.

LULÚ (En seguida.) ¡He comido atrozmente al anochecer! (Carlos hace un gesto de sorpresa.) Aquí tienes. No hay más que un tenedor y una copa, pero no importa. (Riendo.) Un bocado cada uno. (Come y da a Carlos pedacitos con el tenedor en la misma boca como si fuera un niño.)

CARLOS Despacio, mujer, que me atragantas. Come tú.

LULÚ ¡Oye, chico, si nos viera tu padre! ¡Vaya un éxito que ha tenido su sermón!

CARLOS Por todos los santos, deja en paz a mi padre.

LULÚ ¿Sabes que esta noche me he fijado en que se ha puesto canosísimo, casi blanco?

CARLOS Es que ha cumplido ya sesenta y cinco años.

LULÚ Sí, pero desde la última vez que le vi ha envejecido muchísimo.

CARLOS (Tornándose serio.) ¿Cuándo le has visto?

LULÚ Hace ya tiempo, tres meses lo menos.

CARLOS (Serio.) Entonces ¿por qué me has dicho antes que le habías encontrado hoy mismo en la Puerta del Sol?

LULÚ (Sorprendida.) ¿Te he dicho yo eso?

CARLOS (Serio.) Y otra cosa también. Hace un momento me has dicho que habías merendado

opíparamente y antes que no habías comido y que no te sentías bien·.. ¿Cómo me explicas esto? ¡A ver!

LULÚ (Mortificada.) Yo...

CARLOS (Con sincera pena.) ¡Siempre lo mismo!... ¡Siempre mentiras!

LULÚ (Aburrida) Deja esas cosas.

CARLOS ¿Ves? Aunque te juré no volver a hablar de ello, en este momento no tengo más remedio que acordarme de aquella tremenda noche cuando me separé de ti con el firme propósito de no volver a verte en la vida... También entonces...

LULÚ Qué duro eres conmigo... ¿No te lo expliqué todo? Me daba miedo perderte para siempre, te quería demasiado, por eso mentí... y tú me perdonaste... Sé más compasivo...

CARLOS Sí, es verdad... pero lo de ahora.. Siempre, hasta en las cosas más pequeñas, tienes el afán de mentir ..

LULÚ Bueno, bueno; al fin y al cabo no es más que una tontería.

CARLOS Aun así, yo te disculpo, pero si vieras que pena tan grande me da que tú mientas... Es una cosa tan hermosa la verdad... Y con las personas a las que adoramos más aún... Es como entregarlas por completo nuestra alma (Lulú hace un ademán despectivo.) No te enojes por que te hable de esta manera. Ten presente que yo querría que fueras no solamente la más guapa, sino la más buena, la mejor de todas las mujeres. (Cogiéndole la mano con gran cariño.) La mentira es canallesca, envilecedora, a veces hasta le pierden a uno para siempre. . Créeme, Lulú, no sabes tú cuánto más fuerte, cuánto más satisfecha de ti misma te sentirías si siempre dijeses la verdad.

LULÚ (Que le escucha atentamente.) ¡Qué bien hablas!

CARLOS ¿Y no tengo razón?

LULÚ Sí, sí; ¡ya lo creo! Te hablaba en broma; pero mira, puesto que lo quieres te juro no volver a decir ni una mentira, ni la más pequeña.

CARLOS ¡Muy bien!... ¡Así has de ser!

LULÚ Lo que me pasaba era que me distraía, que no me fijaba en lo que decía...

CARLOS (Con cariño.) Eres una niña, tienes cosas de verdadera criatura.

LULÚ (Bromeando.) ¿Quisieras tú que yo fuese una niña pequeñita, pequeñita? ¿Me querrías lo mismo?

CARLOS Lo mismo. ¿Por qué no?

LULÚ Es como los niños son tan aburridos...

CARLOS Para mí no. Me encantan. ¡Es una edad tan hermosa la infancia!

LULÚ Yo creí que a ti no te gustaban los niños.

CARLOS ¡Anda! Si a veces he ido paseando por el Retiro. Me he sentado en un banco para ver jugar a los pequeñuelos y he terminado por jugar con ellos. (Lulú se le queda mirando atentamente y no puede reprimir ese movimiento instintivo de la persona a la que se le ha ocurrido una gran idea. Carlos no lo advierte y sigue hablando con tierno entusiasmo.) Yo sería un padrazo de esos que vemos en las caricaturas llevando a los nenes acuestas.. Pero al mismo tiempo yo enseñaría a mis hijos a ser fuertes, los educaría para saberse defender moral y materialmente en la vida... ¡Qué hermoso debe ser ir moldeando el alma de un ser que nos lo debe todo.. (Mirando a Lulú.) Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa?

LULÚ Nada. (Fingiendo rubor. La actriz debe poner especial cuidado en toda esta parte del diálogo y dar a comprender claramente, con la expresión de su cara, que todo es una farsa, una nueva mentira.)

CARLOS No, no; a ti te ocurre algo. ¿Qué es?

LULÚ (Con singular acento.) ¡Carlos!...

LULÚ (Agitado.) ¿Qué es? (Lulú se arroja de golpe en sus brazos.) ¿Qué tienes? Habla, por Dios. (Lulú sollozando le abraza estrechamente.) ¿Sabes que me das miedo? ¡Por tu vida, dime qué tienes! (Cortísimo silencio, y Lulú, con rubor, después de nuevos sollozos, le habla al oido)

CARLOS (Con gran expresión de cara, demostrando sorpresa, alegría e inquietud.) ¿Qué? (Se suelta de los brazos de ella.)

LULÚ (Entre lágrimas y ocultando el rostro entre las manos.) ¡Sí!...

CARLOS ¿Y te lo has callado?

LULÚ Tenía miedo.

CARLOS ¿Miedo de qué, vida mía?

LULÚ — De ti.

CARLOS — ¿De mí? ¿Que tenías miedo de mí dices?

LULÚ — (Balbuceando) Sí... temía que no te hiciera ninguna gracia... que dejaras de quererme.

CARLOS — Pero Dios mío, ¿es posible que se te ocurriera semejante disparate?

LULÚ — (Le mira con intención.) ¿Con que verdaderamente no te contraría?

CARLOS — (Con súbito arranque la besa en la frente con la más pura emoción. ¡Vida mía! (Habla en voz baja, con apasionada emoción. Procurará darse a la escena desde este momento la mayor poesía y belleza posible.) No sé, no sé por qué pero lo cierto es que en estos momentos siento que te quiero cien veces más que antes. Es que desde ahora ya no eres solamente la mujer en quien adoro, sino que eres... eres para mí algo más grande y más bello todavía... eres (Con voz queda y acento delicado.) eres la madre de un hijo mío. (Rompe a llorar de emoción y permanece un instante con la cabeza apoyada en el hombro de Lulú. Ella le acaricia. Corto, pero completo silencio.)

(Virginia, tras el biombo, ronca estrepitosa y groseramente. Persistirá hasta qué produzca el contraste el efecto apetecido.)

(Lulú y Carlos se separan. La escena queda un instante interrumpida.)

CARLOS — ¿Qué es eso?

LULÚ — Mi madre. (Sonriendo.) Como la pobre trabaja tanto, cae rendida.

CARLOS — También debe acabar para ella esta vida tan mala.

LULÚ — ¡Qué bueno eres!

CARLOS — ¡Y qué feliz!

LULÚ — No te irás.

CARLOS — ¿A dónde iba a ir? (Abraza a Lulú.) Me hace el efecto de que esta noche empieza para mí una nueva vida... Hay algo que corta todo lo pasado y que entro de golpe en un porvenir totalmente distinto. ¿No te pasa a ti lo mismo?

LULÚ — Yo solo sé que soy muy feliz, muy feliz. (Virginia vuelve a roncar estrepitosamente. Telón,)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

En una casa de campo alquilada por Carlos en un pueblo del Guadarrama.

La habitación: una salita en piso bajo; está alhajada con sencillez y recientemente, esto es: los muebles serán muy nuevos y no habrá las cosas supérfluas que se va añadiendo en los hogares después de su creación.

En el foro ventanal que da a un jardln; en la derecha puerta de la alcoba de Lulú; en la izquierda otra puerta que comunica con todas las demás habitaciones de la casita.

En un lateral chimenea encendida.

Un sofá, dos mecedoras de rejilla y madera de Viena; una mesa de centro, unos cómodos butacones, seis sillas volantes de color claro, un par de pies para macetas, sin ellas. Un espejo y algún grabado en las paredes.

Son las nueve de una fría noche de Octubre

—

(Al comenzar la acción VIRGINIA, que viste una bata tan lujosa como de mal gusto, lee el folletín de un periódico sentada en un butacón, cerca de la mesa. ESTEBAN y SALINAS juegan al tute en un veladorcito próximo también a la mesa. Sobre esta hay una botella de Rioja y tres copas. Esteban viste con elegancia algo achulapada. Salinas con sencillez y buen gusto. LULÚ está sentada en una butaca frente a la chimenea mirando el fuego y con cara de mal humor. Esteban y Virginia liban con frecuencia. La copa de Salinas está siempre mediada Bebe por compromiso.)

LULÚ (Con aburrimiento.) ¿Qué hora es?

SAL. (Mirando su reloj.) Las nueve y cuarto.

LULÚ ¡Qué noche tan larga!

SAL. ¿Se aburre usted? La culpa la tenemos nosotros, que en vez de hacerle tertulia nos ponemos a jugar.

LULÚ Nada de eso; sigan ustedes jugando. Esta noche ni siquiera tengo gana de hablar.

SAL. ¿Está usted de mal humor?

LULÚ No... Estoy preocupada por él.

SAL. ¡Ah! ¿por su marido?

LULÚ Tampoco hoy ha escrito ni ha telegrafiado... Nunca ha dejado de hacerlo.

EST. Quién sabe, mujer, las cosas que habrá tenido que hacer. De no telegrafiarte es que no ha ocurrido nada bueno ni malo.

SAL. Claro, tranquilícese usted. Mañana seguramente tendrá carta. ¿Qué día se marchó?

LULÚ El martes; en cuanto recibió el telegrama.

SAL. Entonces... tal vez haya escrito hoy. Tiene razón su padre de usted. En estos casos el no tener ninguna noticia es buena señal. ¿Era muy alarmante el telegrama que recibió?

LULÚ Solamente decía: «Papá enfermo de cuidado. Aconséjote que vengas cuanto antes.»

SAL. Puede que haya mejorado o bien que Carlos espere volver pronto y por eso no haya telegrafiado.

LULÚ (Pensativa.) Puede... (Llama al timbre.)

VIRG. ¿Qué quieres?

LULÚ Quiero saber si ha llegado el último tren de Madrid.

EST. ¿Crees que volverá esta misma noche?

JUANA (Izquierda.) ¿Ha llamado la señora?

LULÚ Acércate al pueblo y pregunta si ha llegado ya el último tren de Madrid. Por lo regular el tren de la noche llega con retraso.

JUANA Sí, señora. (Vase.)

SAL. Yo doy. (Baraja y reparte las cartas.)

VIRG. (De pronto, doblando el periódico.) ¡Canalla! Se escapa por la alcantarilla.

EST ¿Qué dices, mujer?

VIRG. Que es todo lo contrario de lo que te figurabas. El detective le deja encerrado en la caja de caudales y echa la llave a la puerta del despacho y pone guardias en la calle, pero Raffles se escapa por el fondo de la caja que va a parar a la alcantarilla

EST. Pues me parece muy bien.

VIRG. ¿Que te parece bien?

EST. Claro, yo ya sabía que de todos modos se tenía que escapar... Pero bueno, déjanos jugar en paz,

SAL. Pero, ¿de qué se trata?

VIRG. De un folletín. «Desafío entre Raffles y *Cherlos* Holmes.»

SAL. Yo creí que leía usted otra cosa.

VIRG. ¿Y qué traen los periódicos de interesante como no sea el folletín? Este es magnífico. Ya se le prestaré a usted cuando se termine. Yo los recorto todos. (A Esteban.) ¿Sabes lo que hace ahora *Cherlos*?

EST. Mira, déjame en paz, que se me olvidan las cartas que han salido y como decía aquél para jugar bien el tute hay que llevar todos los plaos en la cabeza.

SAL. Ahora que yo resulto siempre el escalabrado.

VIRG. Qué frío hace esta noche. Cualquiera dice que aún estamos en Octubre... La verdad es que esto debe ser manífico pa el verano, pero lo que es ahora... (Se aproxima a la chimenea. Entra Juana.)

LULÚ ¿Qué?

JUANA El tren ha llegado a su hora y hacia el pueblo no ha venido nadie ni andando ni en el coche.

LULÚ Ya no quedan más trenes, ¿verdad?

JUANA Ya hasta mañana.

LULÚ Bueno, puedes retirarte. (Juana se va.)

EST. No eche usted más. Me he salido.

SAL. Y yo me he cansado. Ya sabía que tenía que perder todos los juegos.

EST. Una casualidad.

SAL. (Irónico.) Sí, es la casualidad. Todas las noches pierdo de diez a quince pesetas. ¡Una casualidad!

EST. Sí, señor, la casualidad; porque creo que no pensará usted que puede saber jugar más un pobre retirado del ejército que un ingeniero.

SAL. Es que si Newton resucitase y jugara con usted al tute, perdería hasta la peluca. (Conteniendo la protesta de Esteban.) Sí, porque como

usted decía antes, se necesita llevar todos los palos en la cabeza y yo me distraigo, aparte de que he jugado muy poco a esto.

EST. En cambio yo tengo verdadera debilidad por el tute. Cuando yo estaba al frente de mi almacén de calzado...

SAL. ¿Ha tenido usted un almacén de calzado?

EST. Sí, almacén y fábrica; lo monté al retirarme del ejército y al casarse la chica, como es así, me hizo traspasarlo para que nos viniésemos a vivir con ella... Pero, bueno, ¿dónde estaba yo?

SAL. (Irónico.) En el gran taller de calzado del que creo recordar vagamente.

EST. Ah, sí; pues los pocos ratos que tenía libres los aprovechaba para ir al Casino a jugar al tute con unos señores amigos.

SAL. Sí, en los Casinos aristocráticos el tute y el mus son los juegos que privan.

EST. ¿No quiere usted otra copita?

SAL. No, gracias. ¿De modo que ustedes se han instalado aquí definitivamente?

EST. Lulú se ha empeñado.

VIRG. Como esta chica ha sido siempre tan apegada a la familia no sabía vivir lejos de nosotros. Y luego, como Carlos ha tenío el capricho de venirse a vivir a este destierro...

SAL. Entonces, por lo que veo se llevan ustedes muy bien con su yerno.

VIRG. ¡Oh, ya lo creo! Nos quiere muchismo.

EST. ¿Ve usted lo que nos quiere Lulú? Pues el nos quiere más entodavía; es lo que se dice una exageración... Se llena la boca de decir que está mucho mejor con nosotros que con su famílía. (Apurando otra copa.) Y se explica perfectamente... Como su padre es con él como es y se ha portao tan mal con él...

VIRG. ¡Calla, hombre! ¿Qué sabes tú de eso?

EST. ¿No he de saber? Un padre no debe hacer nunca las cosas que ha hecho don Luis con Carlos. (Prosigue hablando a pesar de las miradas que le dirige Virginia y de la impaciencia que muestra Lulú.) No hay por qué callarlo. Figúrese usted, señor Salinas, que primero se negaba a entregarle una herencia que le pertenecía... y sabe Dios por qué lo haría. Hasta que Car.

los, aconsejado por nosotros, se decidió a ponerle pleito, no le dió una peseta. ¿Está eso bien? Y después, cuando a principio del mes pasado, Carlos, que es todo un caballero, se decidió a casarse con nuestra hija, con la que había adquirido determinados compromisos, aquello fué Troya. Se le había puesto en la cabeza que la boda no había de celebrarse y no quiera usted saber las cosas que hizo para impedirla.... Yo estuve a punto de perder lo que nunca deben perder los caballeros, y Carlos, por poco, hace un disparate.

LULÚ ¡Calla, no me lo recuerdes!

SAL. Sí, ya me ha contado Lulú que intentó suicidarse.

EST. Eso es lo que decidió al viejo egoísta a dar el consentimiento, pero por escrito... Y hasta tuvo la desfachatez de mandarme decir que no le saludara en la calle. ¡A mí, a un viejo militar que ha vertido su sangre por la patria! (Excitado.) Porque sépalo usted, señor Salinas, yo he peleado en Africa.

VIRG. (Levantándose.) Bueno, hombre, bueno. Ya le has contado esa historia otra vez a este señor.

EST. ¿Sabe usted que serví en el cuerpo de húsares y?...

SAL. Sí, he tenido el gusto de verle retratado de uniforme.

LULÚ (Levantándose) Mira, papá; ya es tarde y Salinas estará cansado seguramente.

SAL. No lo niego, y al mismo tiempo ya he abusado bastante de su amabilidad.

EST. Al contrario, si no, nosotros nos aburrimos aquí...

VIRG. Cállate. (Disputan en voz baja.)

SAL. (Mientras hablan Esteban y Virginia.) ¿Luego, eh?

LULÚ (En voz queda también.) Dentro de un rato; en cuanto se acuesten.

SAL. Convenido. (Lulú llama al timbre.) Doña Virginia... Don Esteban... (Saluda.)

EST. Hasta mañana, señor Salinas, que no deje usted de venir, ¿eh?

SAL. Puede usted contar con ocho o diez pesetas como si las tuviera ya en el bolsillo.

EST. ¡Hombre!...

SAL. (Riendo.) O puede que tome unas lecciones antes de venir y le deje a usted sin camisa.

LULÚ (A Juana, que entra.) Acompaña al señor.

(Vanse Salinas y Juanita por la izquierda.)

EST. Es simpático este ingeniero.

VIRG. Y tú un ordinariote. Sabe Dios lo que pensará de nosotros.

EST. Mujer, lo que he dicho...

VIRG. Te lo podías callar, y dejar esa dichosa afición a las cartas.

EST. Pero, ¿no has oído que en los Casinos a lo que se juega es al tute?

LÚLU (Que estuvo en la puerta de la izquierda viendo marchar a Salinas.) Y no lo porfíes tanto con el vinazo.

EST. ¿Vinazo? ¡Si es Rioja y de lo bueno! ¿Es que quieres que bebamos champán con lo nervioso que me pone eso de que pique en la nariz...

LULÚ Lo que quiero es que no bebas nada, por lo menos delante de gente

EST. Bueno, pues me lo beberé en mi cuarto, no te apures. (Coge la botella y la copa.)

LULÚ Haz lo que quieras, y hasta mañana.

EST. Descansar. (Mutis por la izquierda. Al salir dice a Virginia.) Tú, ¿subes?

VIRG. Voy. (Da un beso a Lulú y vase tras Esteban.)

LULÚ ¡Gracias a Dios! (Entra Juana.) ¿Has dejado abierta la puerta del jardín?

JUANA Sí, señorita.

LULÚ Pues en cuanto entre él cierras.

JUANA Descuide usted.

LULÚ Cierra bien esas maderas.

(Juana cierra las maderas de las ventanas del foro.)

JUANA ¿Se le ofrece a usted algo más?

LULÚ Por ahora no.

(Se va Juana por la izquierda y Lulú se arregla el cabello ante el espejo.)

SAL. (Asomando con precaución por la izquierda.) ¿Se puede?

LULÚ Sí, entra.

SAL. ¿Se han subido a acostar?

LULÚ Sí, pero habla muy bajo.

SAL. Siempre el misterio, el mayor atractivo de

las mujeres bonitas como tú. (Hace ademán de abrazarla.)

LULÚ ¡Chistt! ¡No hables tan alto! ¡Tienes un vozarrón...

SAL. (Bromeando.) Está muy lejos para que pueda oirme.

LULÚ Sí, pero mi padre y mi madre...

SAL. (Con aspaviento cómico.) Es verdad, no me acordaba.

LULÚ Me parece que no es cosa para que te rías. Si ellos lo supiesen, pobre de mí.

SAL. Si no me río.

LULÚ Pero lo dices de un modo... (Muy seria.) No tienen ni la más remota sospecha.

SAL. Pero si la tuvieran... Saben que soy un antiguo amigo...

LULÚ Eso era antes, ahora las cosas han variado. ¡Caramba, pues así que no hay diferencia!

SAL. (Solemne.) Claro, como que ahora eres toda una señora casada.

LULÚ ¿Y te parece poco?

SAL. ¡Al contrario!

LULÚ No bromees, no, con el matrimonio no se debe bromear.

SAL. (Abrazándola.) Con el matrimonio, Dios me libre, pero con la mitad del matrimonio...

LULÚ Lo que sois los hombres... sólo porque he tenido un momento la debilidad de... (Azorada.) de...

SAL ¿De quererme?

LULÚ Pues sí, aunque presumas.

SAL. Comprendo que si no me quisieras por lo menos un poquitillo no estaría yo aquí en este momento.

LULÚ Vamos por partes y hablemos claro. No quiero que te forjes ilusiones de ningún género. (Se sienta ante la chimenea.) Una gran parte de tu buena suerte puedes agradecérsela a este maldito pueblacho donde mi marido ha tenido la idea de sepultarme y donde me aburro desesperadamente.

SAL. El aburrimiento es un gran enemigo de las virtudes.

LULÚ Esto no es para mí.

SAL. Eso mismo pensé yo la tarde que te encontré del brazo de tu marido paseando por los

pinares y me le presentastes con tanta solemnidad. Para mis adentros me dije: esto no puede durar mucho tiempo. A Lulú no le puede gustar la vida metódica y tranquila dada como es a la emoción, a la novela romántica, a los acontecimientos imprevistos, a las aventuras sensacionales. ¿No es cierto? Este es un cielo demasiado despejado para Lulú. Lo que ella busca, lo que ella necesita, por temperamento, es los nubarrones, la tormenta, si a mano viene. ¿Me equivoco?

LULÚ (Que le ha escuchado riendo.) No, hijo, ya lo ves, desafiando a la tempestad.

SAL. Sin embargo, recuerdo que me hablabas del campo, de las delicias de esta vida al lado de un amante rendido...

LULÚ Es que esto no es lo que yo soñaba.

SAL. ¿Y por qué has venido?

LULÚ Lo ha querido él así. (Seria.) En cuanto nos casamos me trajo a esta quinta apartada hasta de la aldea, lejos de todo el mundo, tan sólo porque sentía la necesidad de ocultarse como si hubiese cometido una mala acción.

SAL. (Riendo.) ¡Hombre, tanto como una mala acción!... Casarse contigo no es una mala acción; todo lo contrario.

LULÚ (Con naturalidad.) Mala... no... pero tampoco es muy buena... En fin, dejemos eso; lo cierto es que el caballero se ha equivocado de medio a medio.

SAL. Todos los maridos son lo mismo.

LULÚ Le ha faltado valor a última hora después de las gallardías de un principio, casi puede decirse que le ha dado vergüenza y ha sentido la necesidad de esconderme. Esto es lo que más daño me ha hecho...

SAL. En fin, que el matrimonio ha resultado una decepción completa.

LULÚ (Tornándosé repentinamente alegre y despreocupada, otra mujer.) Empecé a reirme... ¿a que no sabes cuándo?

SAL. ¿Cuando pidió la mano a tu papá?

LULÚ No, entonces yo le quería de veras.

SAL. ¿Completamente de veras?

LULÚ Completamente. Como una burra.

SAL. Entonces, ¿cuándo?.

LULÚ (Con gran animación.) Cuando salimos de la iglesia después del «sí» de ritual. Iba yo toda de blanco, con mis flores de azahar y mi velo de gasa. Me encontré un poco ridícula y le miré de reojo. Me acuerdo como si fuera ahora. Llevaba puesta la chistera, antes no me había dado cuenta de ello, el muchacho elegre y simpático había desaparecido como por ensalmo. Era otro; hasta el acento de voz no me parecía el suyo. ¡Estaba más ridículo que yo! Y el caso es que se habían puesto todos serios en la ceremonia. Hasta el juez que fué a casarnos, que es un punto filipino, al que yo conocí en un baile con una cogorza monumental. Los testigos eran para un sainete. (Ríe a carcajadas.) Todos de negro, estirados... Mi padre con la poderosa... mi madre llorando... ¡Una juerga, chico!

SAL. Pues con esas ideas no me explico por qué te has casado. (En seguida.) Por un momento prométeme ser sincera, díme la verdad es cueta. ¿Por qué te has casado?

LULÚ ¡Qué sé yo!... Era algo nuevo... Quizás me hacía ilusiones sobre la duración de mi cariño... Quién sabe si me figuraba que una vez formalizado con tanta solemnidad se haría eterno. En cambio...

SAL. En cambio, ¿qué?

LULÚ En cambio... (Tornándose seria.) ¿Soy muy mala, verdad? ¿No es eso lo que piensas de mí?

SAL. No... eres... muy rara... Cuando se comentaba algo tuyo en Madrid siempre se decía: «Cosas de Lulú».

LULÚ (Otro acento.) Oye, oye. ¿Qué se ha dicho de mi boda?

SAL. No quieras saberlo. Se han hecho chistes muy ingeniosos.

LULÚ ¿Quién? Cuéntame alguno.

SAL. Eso no.

LULÚ Te prometo no ofenderme.

SAL. Tú no.. Pero no quiero hacer el escarnio tras la burla.

LULÚ (Con nostalgia.) ¡Ay, quién volviese a aquella vida!... Aquellas cenas de los Burgaleses... aquellas noches del Palace...

SAL. Y tus triunfos coreográficos... ¡Qué cuerpo de diosa tenías cuando te presentabas en malla en aquel terceto!...

LULÚ ¿Tenía?

SAL. Perdona, el pretérito iba arrastrado por la añoranza. Sigues siendo digna del cincel de Praxíteles.

LULÚ Dime. ¿Y Villena?

SAL. Se ha casado.

LULÚ Se lo tenía pronosticado... Y a ese acabará por engañarle su mujer.

SAL. Hija, ese es un pronóstico reservado.

LULÚ Conmigo nunca hubiera tenido que temer...

SAL. ¡Lulú, por Dios!...

LULÚ Así, como suena... Cuando conocí a Carlos no quise jugar por partida doble y se lo dije muy clarito, pero muy firmemente, que no volviera a parecer por casa... ¡Cómo lloraba el pobre!

SAL. (Que no cesó de decir que no con la cabeza.) Oye, Lulú, ¿no me habías prometido decirme la verdad?... Perdona, pero lo de Villena no pasa. Estoy muy bien enterado de cómo sucedió aquello.

LULÚ (Con enojo.) Hijo, te pareces en todo a Villena, también él tenía esa manía de no creer ni tanto así de lo que yo decía.

SAL. (Riendo.) ¡Qué demonio de mujer ésta!

LULÚ Por eso te pronosticaba que le engañará su mujer...

SAL. (Riendo.) Bueno, pues por lo que afecta al parecido, abstente de pronosticar respecto a mí.

JUANA (Entra por la izquierda precipitadamente y apuradísima.) ¡Señorita!... ¡Que viene!... ¡Que está ahí!

SAL. (Asustado.) ¡Jesús!

LULÚ (Se levanta rapidísimamente y abre la puerta de la alcoba.) ¡Por mi alcoba! ¡Anda, por la ventana que da al jardín! (Salinas sale corriendo y Lulú queda en el centro de la habitación turbada y temblando. Carlos entra precipitadamente en cuanto ha desaparecido Salinas. Lleva puesto el abrigo con la solapa levantada. Sombrero y corbata negros y un

lazo de luto en el brazo izquierdo. Está sumamente pálido y agitado. Así que entra se para de pronto, fulmina una terrible mirada sobre Juana y Lulú, y por fin se precipita hacia ésta úlsima. Con un grito.) ¡¡No!! (Carlos, violentísimo, la aparta de un empujón y desaparece por la puerta derecha. Con ansiedad y precipitación y en voz baja.) ¿Por qué has abierto?

JUANA — No creí que era él. Hablaba con voz fingida. Creí que era el hortelano.

CARLOS — (Saliendo.) No temas... Ha tenido tiempo para escaparse.

LULÚ — (Después de un esfuerzo para dominarse.) Pero, ¿quién se iba a escapar?

CARLOS — (Convulsivamente.) ¿Todavía te atreves a negar?

LULÚ — (Como antes.) Aquí no había nadie.

CARLOS — (Se acerca a Juana y la retiene.) ¿Quién estaba aquí?

JUANA — (Asustada.) Pero señorito...

LULÚ — (Rápida.) ¡Si ella ha entrado al mismo tiempo que tú!

CARLOS — ¡Calla! Esta no tiene más remedio que confesar la verdad...

LULÚ — ¡Lo que es eso!...

CARLOS — (Muy enérgico.) ¡Ha de ser lo que yo mande! (Sacudiendo el brazo a Juana.) Y no grites, ¿sabes? (A Lulú.) Ni tú tampoco, porque ni yo mismo sé lo que puede ocurrir... ¡Estoy decidido a todo!... ¡Pronto!... ¡Quiero saber la verdad a toda costa!... (Juana sigue callada.) Es el ingeniero, ¿verdad?... ¡Vive Dios, contesta! ¿Era, sí o no? (Juana hace un signo afirmativo.) ¡Ah!... ¡Ya puedes irte! (La arroja hacia la izquierda y la retiene de nuevo.) Pero mucho cuidado con despertar a nadie... si no lo vas a pasar muy mal. (La hace salir por la izquierda y cierra con llave. Lulú, hondamente turbada y con el terror pintado en el rostro, sigue de pie cerca de la puerta de la derecha, que también cierra Carlos Con nerviosidad y voz queda.) Mis informes eran exactos.

LULÚ — (Haciendo un nuevo esfuerzo para mentir.) Has asustado de tal manera a esa infeliz que no sabía lo que decía.

CARLOS — (Riendo nerviosamente.) ¡Y todavía sigues! ¡Aún

no quieres darte por vencida! ¡Qué cinismo! Pero ¿ignoras que en el pueblo todo el mundo sabe que eres la amante de Salinas? (Lulú hace un gesto.) Sí, y también he tenido motivo para convencerme de que en el pueblo no hay mucha gente que te estime.

LULÚ Has encargado que me espíen... ¡Bien hecho!

CARLOS Yo no he encargado a nadie. Ellos han sido los que se han tomado la molestia de hacérmelo saber espontáneamente.

LULÚ ¡Ah! ¿Tú eres de los que hacen caso de los anónimos?

CARLOS Yo no he hecho caso de nadie hasta hace un instante... Tenía dudas, sospechas, pero nada más... Y mira lo que soy yo. Al llegar esta noche sin avisarte, no fué desgraciadamente premeditado... Me acometió el deseo de presentarme de repente para convencerme de que no se trataba más que de indignas calumnias y me quedé en la estación más de una hora para que mi estratagema resultase mejor... ¡Una hora de mortal angustia, pero aún confiaba!... ¡Y era todo verdad... todo verdad! (Se acerca a ella fijándola con una mirada terrible y hablándola con voz ahogada.) Pero, ¿qué mujer eres tú? ¿qué hay en tu alma? ¡Dilo de una vez!

LULÚ (Asustada y viendo a Carlos acercarse amenazador, suplica instintivamente y temblando.) ¡No me hagas daño, por Dios! ¡Te lo suplico!

CARLOS (Excitadísimo; convulso.) ¡Que no te haga daño!... ¿Tienes miedo acaso?... En tu rostro pálido no leo sino el terror... el terror de estos instantes porque ya no puedes seguir negando... ¡Y aquí estás (Se le acerca.) en mis manos!

LULÚ (Cada vez más aterrada. Lulú ha llegado a un punto en que su instinto parece hacerle adivinar que todo está perdido. Sus energías la van abandonando y siente un miedo muy grande, un miedo insuperable que desencaja su rostro y hace a su lengua tartamudear.) ¡Carlos, por Dios!

CARLOS (Con aparente serenidad y como mofándose.) ¿A dónde ha ido a parar tu desfachatez, tu descaro de otras veces? ¿Por qué no sigues negando? ¿Por qué no continúas mintiendo? ¿Ya no

sabes mentir? ¡Eso es imposible! (Se acerca.) Quizás sea una turbación del momento, tú tienes una fantasía muy grande. (Más cerca aún.) Anda, inventa.

LULÚ (Con creciente terror y sin dejar de mirar fijamente a Carlos, como sugestionada, con los ojos desmesuradamente abiertos.) ¡Carlos, Carlos, por la Virgen Santísima, no me mires así!

CARLOS (Tocándole levemente en una mano y absteniéndose aún de agarrarla.) Vamos a ver. ¿Qué he de hacer contigo? ¿Qué he de hacer de una mujer como tú?... Yo a la cabecera de mi padre que se moría y tú en brazos de tu amante. (Con voz alterada.) ¿No sabes que ha muerto mi padre? ¿No lo sabes?... ¡Murió antes de que yo llegara!...

LULÚ (Como antes.) ¡Carlos, Carlos, por Dios!

CARLOS ¿Tienes miedo?... Verdad es... La maldición de un viejo que agoniza tiene por fuerza que dar miedo. . y él te ha maldecido, sí, te ha maldecido hasta en sus postreras palabras.

LULÚ (Con un grito.) ¡No!

CARLOS ¡Y tenía razón sobrada!... Tú has sido la verdadera causa de su muerte... tú fuiste la ruina de mi casa... (Una pausa angustiosa y luego, de pronto, como si le ocurriese una idea.) ¿Y mi hijo?... Vamos... ¡Háblame de él!... ¿Qué puedes decirme? (Excitándose cada vez más, hasta hablar a gritos.) ¡A este extremo me veo reducido, a tener que maldecirle antes de que nazca... Es una duda atroz la que me atormenta... Pero dilo; ten siquiera valor bastante para arrojarme al rostro esa palabra tremenda, esa confesión cruel... No es hijo mío, ¿verdad?... No es hijo mío. ¡Dí! (Apretándola un brazo hasta hacerla daño.) ¡Habla, habla de una vez! ¡Habla, por los clavos de Cristo!... No te calles ahora que quiero que hables... ¡Cobarde!. . ¡Mírame a la cara, cobarde!... ¡Mírame a los ojos!... ¡En tus mismos ojos quiero leer tu infamia, tu crimen! Me he casado contigo para legitimar a una criatura que no es mi hijo .. Vamos, no temas, mira que sereno estoy... Es lo que yo sospecho, ¿verdad?... ¡Un hijo... de cualquiera!

LULÚ ¡No, no!...

CARLOS (Casi como un niño.) Pero ¿cómo puedo creerte?

LULÚ (Con un hilo de voz.) Ha sido una mentira.

CARLOS ¿El qué?

LULÚ Que no hay nada de verdad.

CARLOS (Como herido por un rayo.) ¿Que no hay nada de verdad? (Lulú hace un gesto negativo. Con voz reconcentrada.) ¿Has mentido?

LULÚ (Bajo.) Sí. (Corta pausa)

CARLOS (Mira a su alrededor, con una mirada vaga, y luego pronunciando las palabras como un silbido.) ¿De modo que mentiste para que me casara contigo?

LULÚ No sé...

CARLOS (Acción íntima y fuerte. Se pasa una mano por la frente, luego, de pronto, se torna enérgico, fija en ella una profunda mirada y dice con tono extraño, terrible:) ¡Pues yo te voy a matar!

LULÚ (Con un grito ahogado.) ¿Qué?

CARLOS (Busca el arma en los bolsillos.)

LULÚ (Enloquecida por el terror va corriendo hacia la puerta de la izquierda y la sacude desesperadamente gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mamá! ¡Mamá!

CARLOS (Sin moverse del extremo opuesto rompiendo en una carcajada convulsiva.) ¡No llames a mamá; no pronuncies esa santa palabra, ese bendito nombre que has profanado con tu mentira! (Lulú sigue gritaudo cada vez más diciendo: ¡Socorro! ¡Abrid! En el interior se oyen confusamente voces de Esteban, Virginia y Juana. Estas voces persistirán hasta el final.)

LULÚ ¡Abrid! ¡Socorro!

CARLOS Es inútil. Esa puerta no ha de abrirse. Ha terminado todo, todo.

LULÚ (Desesperada, gritando como una loca.) ¡No! ¡No! ¡Carlos, Carlos de mi alma! (Se arroja al suelo tras de la mesa como si quisiera parar el golpe.) Te pido perdón de rodillas... (Con acento desgarrador.) ¡¡No me mates, Carlos!!... ¡¡Por lo que más quieras!!... ¡¡No me mates!! ¡¡Por tu padre!!... (Carlos dispara un revolver sobre ella y Lulú cae al suelo muerta. Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA